

DESPUÉS DEL ORGASMO



JOSÉ MIGUEL VILAR-BOU / ANABEL ZARAGOZÍ

Ilustraciones de

Después del orgasmo*

***Obra inscrita en el Registro Territorial de la Propiedad Intelectual de la Comunidad Valenciana. Número de solicitud V-613-04 con fecha de entrada 8 de abril de 2004.**



José Miguel Vilar-Bou (Alfajar, 1979) es periodista. Ha vivido en Italia, Bruselas y Serbia. En España ha trabajado para diversos periódicos y revistas. Es autor de la novela *Los navegantes* (Grupo AJEC, 2007). Ha publicado cuentos en *Melocotón Mecánico*, *Visiones*, *Galaxia* y el diario *El País*. Parte de su obra ha sido traducida al serbio y publicada en la revista *Grádina*. Foto: Inés España

Anabel Zaragoza (Valencia, 1972). Escritora y dibujante. Es autora del relato *Estrella matutina*, publicado en la revista *Historias asombrosas*. Colabora como columnista en el portal de fantasía, terror y ciencia ficción *sedice.com*, donde ofrece la novela por entregas *Sleeper in metropolis*. Escribe habitualmente en su blog www.anabelzaragozi.blogspot.com. Foto: Nogales



No hay cura para el amor.
(Leonard Cohen)

Amelia (¿Así se llamaba?) gimió entonces con más ahínco. Exhaló un largo quejido mientras cabalgaba a Alberto en el asiento trasero. Golpeó con la palma de su mano la ventana del coche. Los cinco dedos quedaron impresos en el vaho. Los vientres friccionaron con furia.

—¡Aaah! ¡Aaaaaah!

Echó su cabellera castaña atrás, mirando un cielo imaginario. También a él le sobrevino el orgasmo. Apretó con ira los muslos de la chica. Ella alzó el pie descalzo casi hasta el hombro del joven y se apoyó contra los asientos delanteros. Ahora él la sacudía con su pelvis. Amelia ya estaba servida y callaba ausente. Alberto apretaba los dientes de cansancio. El esfuerzo le hacía enrojecer y sudar. Eyaculó acallando un grito por vergüenza ante aquella desconocida.

—¡Ya! Ya, ya —desfalleció el joven.

Ella se quitó y se sentó junto a su ligue. Se puso las bragas, los pantys de colores y luego las botas. Él se quitó el preservativo, lo anudó y lo tiró por la ventana. Luego se quedó quieto con los pantalones todavía bajados.

Ahora que había regresado la paz, le llegaba el mugido nocturno de las olas del mar. Estaban a apenas unos metros de la playa.

—¿Te molesta si me hago una raya? —preguntó la chica.

Alberto asintió. Afuera, en la duna, otros cuatro vehículos brincaban al ritmo del amor.

Amelia sacó una cartera con los colores de Jamaica y echó un poco de coca. Después se pintó dos rayas con el carné y la esnifó con un billete de cinco euros enrollado. Los restos fueron a parar a su boca.

Alberto se lió un canuto cargado y bajó la ventanilla.

—¿Quieres?

—Dame —respondió lacónica Amelia.

Alberto observó a su accidental compañera. De veras que estaba buena. Tenía un cabello castaño claro que le caía gracioso sobre los hombros. La piel era clara también. Fascinaban sus ojos oscuros, grandes, hermosos. Ahora tenía la cara descompuesta por la bebida, el hachís y la coca. Pero era guapa igual.

—¿Quieres que demos una vuelta por la playa? Fíjate qué noche hace.

Ella le miró con desdén desde la sombra:

—Qué dices. Estás zumbado. Estamos en enero.

—Vale, vale.

Había sido repentino. Alberto estaba con unos amigos en un bar del Carmen. Bailaba un poco borracho cuando descubrió los ojos de aquella chica puestos en los suyos. Al instante se metió en el papel de serpiente encantada por su flautista. Sobre todo cuando ella se le acercó y empezó a bailarle, sin más. Sus amigos, unos profesionales, se alejaron al instante. Cuando seductora y seducido estaban ya bastante pegados, él le gritó al oído (la música sonaba a toda hostia):

—Me llamo Alberto. ¿Cómo te llamas tú?

—Amelia.

Y eso era todo lo que parecía estar dispuesta a decir de sí misma, además de:

—¿No me invitas a nada? Fíjate qué casualidad. Hemos ido a parar a la barra. Pidieron vodka y se lo bebieron mientras continuaban con aquel baile.

La chica emanaba aquel irresistible perfume a bohemia y locura que tanto atraía a Alberto. Se asomó a sus ojos castaños, y eso era lo mismo que asomarse a un abismo. O una caída en la oscuridad.

La cosa había evolucionado sin mucha ciencia. Ella le preguntó si tenía coche. Él dijo que sí. La llevó hasta la playa y ahí lo hicieron sin cariño y con urgencia.

Alberto bajó la ventanilla. Los astros rutilaban en lo alto. Hacían compañía a una luna tímida y nueva, un poco enturbiada por una nube perdida.

—¿En serio que no quieres dar una vuelta? —insistió.

Amelia no respondió.

La observó con disimulo. El coche estaba en sombras, pero una luz pálida recortaba el perfil descompuesto y hermoso de la chica.

—Oye, Amelia...

—Me viene bien que me dejes en el reloj del ayuntamiento.

Durante el regreso a la ciudad apenas hablaron. Alberto la miraba. Buscaba la manera de iniciar conversación.

—Oye —le dijo por fin—. ¿Qué es eso de follar juntos y luego no dirigirme ni la palabra?

Ella le sostuvo la mirada con sus ojos oscuros, de pupila perpetuamente dilatada. Respondió sonriente:

—Nos lo hemos pasado bien, ¿no? Pues ya está. No entiendo qué es lo que quieres, este... Alberto.

—¿Y por qué no vamos a tomar una última cerveza tranquilamente?

Ella volvió a sonreír, más distante todavía:

—El reloj del ayuntamiento.

Luego cogió el móvil y llamó:

—Rosana. Oye, dónde estás. ¿Vas ya para tu casa? ¿Puedes esperarme a las cuatro en la estación? Gracias, un besito.

Y colgó.

—Si quieres te dejo en la estación directamente —se ofreció Alberto.

—¡No! ¿Pretendes que llegue acompañada por un tío?

—¡Joder! ¿Y qué más da si todo el mundo ha visto cómo nos íbamos?

—Gracias, pero no.

Cuando callaba, Amelia parecía estar abismada a perpetuidad. La mirada se le perdía por lugares que Alberto trató de imaginar. Hizo un nuevo intento:

—¿Te doy mi número de móvil, Amelia? Podemos quedar otro día.

—Te lo miro —respondió ella con desdén.

Muy cabreado, dejó a su ligue en la puerta del ayuntamiento. Amelia le regaló un inesperado beso al marcharse. Luego desapareció en dirección a la estación.

Alberto la vio alejarse. Con sus esbeltas caderas y su belleza en general.

“¿De veras me lo he hecho con ella? ¿Y se va sin más?”, pensó confuso.

Trató de retener en la memoria aquellos cabellos castaños que media hora antes le azotaban el rostro. Esa espalda que caía perfecta como una catarata amazónica. Las caderas adorables. Las piernas delgadas. Se dio cuenta de que, sin duda alguna, era la tía más buena con la que había friccionado su entrepierna. Pero aquello había ido demasiado rápido. Sin más, había aparecido una noche como cualquier otra y se había ido con un beso sin sentido. “Y un beso tiene siempre un mínimo sentido”, juzgó Alberto.

Y él, ahora lo veía, se había quedado prendado de ella.

Cruzada

—De acuerdo, muchas gracias, yo los daré, adiós —respondió la secretaria mientras dejaba los currículum de Alberto y Miquel en un siniestro y oscuro cajón.

Los chavales salieron del despacho y se miraron con desesperanza por tercera vez en aquella mañana. En busca de curro, llevaban dos horas recorriendo Valencia de parte a parte en la moto de Miquel, un tipo alto, muy delgado, de pelo castaño, ojos claros y barba erizada.

—Esto es una mierda —dijo Alberto.

—Humor —respondió Miquel—. Usa el humor para quitar a las cosas la importancia que no tienen. Al fin y al cabo, la importancia no existe.

—Qué dices. ¿Es que todas las secretarias dicen la misma frase cuando les dan un currículum?

—Yo creo que eso lo aprenden en la carrera.

—Las secretarias no estudian carrera como nosotros.

—Y así les va: todas con trabajo. Que se jodan.

—Eso. Que se jodan ¿Nos hacemos secretarias, Miquel?

—Colaría. Yo tengo menos barba que la tía esa.

Así pasaban las mañanas. Desde las nueve hasta las doce se lanzaban a la calle con la Yamaha de Miquel. Alberto siempre le esperaba en la avenida del Puerto, donde vivía con dos tías. El ritual era fundamental antes de saltar de oficina en oficina suplicando trabajo: Miquel llegaba enfundado en su chupa de piel negra y roja. Paraba la moto delante de su amigo y le ofrecía el casco:

—Ponte el yelmo y sube a mi rocín.

—¿Habrá hoy venturanza?

—Sí. ¿Traes las armas?

—Aquí —respondía Alberto enarbolando una carpeta llena de currículums.

—Pues venga, perillán.

—A ver si nos da curro algún hideputa.

Y a lomos de la Yamaha atravesaban las calles a toda velocidad y se presentaban con las chupas puestas y el casco en la mano ante alguna recepcionista. Ponían la fotocopia sobre la mesa y se marchaban del lugar como si nunca fueran a volver, lo que, hasta ese momento, se había cumplido de manera religiosa.

Era duro, era desesperanzador aquel trabajo de los que no tienen trabajo. Las fotocopias con supuestos méritos volaban y nadie les llamaba. Los dos jóvenes habían aprendido a cooperar uno con el otro. Unas veces era Alberto quien se desmoronaba:

—Ya estoy harto. No tiene sentido seguir enviando más. Estoy pensando muy seriamente en meterme en la tienda de mi padre.

—¿Pero qué dices? —le reprendía Miquel— ¿Qué pintas tú en una tienda de carne de caballo?

Otras veces el papel le tocaba al otro. En esos momentos, generalmente tras una mañana baldía de puerta en puerta, Miquel dejaba caer la frente sobre el faro de su moto. Se le perdía la mirada y movía la cabeza como un animal cansado de luchar contra la corriente. Se quitaba los guantes con desgana y golpeaba con ellos el depósito, igual que un jinete castigando a su caballo por acobardarse en la batalla.

—Que no, Alberto, que no —decía siempre—. Que me vuelvo a mi casa a ver pelis porno.

—¡Ni de coña! ¡Te necesito, tío! Bueno, y a tu moto y a tu madre.

—Hideputa. ¡Ja-ja!

Bien sabía decirlo Miquel cuando, a eso de las doce, almorzaban en algún bar, rodeados de currantes en la hora del descanso:

—Sin humor no se sobrevive. El humor da a las cosas su justa medida, que es cero. Incluso a algo tan feo como buscar trabajo.

—Más feo es tenerlo —respondía Alberto dándole al bocadillo de blanco y negro con patatas.

La descarnada lucha de encontrar pasta les forzaba a buscar una razón para la risa. Muchas veces, la simple perspectiva de reír era su única motivación para subirse cada día a la Yamaha. Más incluso que el sueño de una nómina o de cotizar a la Seguridad Social.

Luego Alberto regresaba a su casa en la avenida del Puerto, hasta donde llegaban las sirenas de los buques que atracaban en el muelle. Vivía con dos chavalas de pueblo que estudiaban en la universidad de Valencia. Amparo y Rosa Mari malvivían en aquel piso de sesenta metros sacándose unas pelas con curros chunguillos y mal pagados. Alberto llegaba derrotado, con la carpeta ya vacía y se tiraba en el viejo sofá. Se preguntaba a veces cuántos culos habrían caído en él a lo largo de su dilatada historia.

Ellas le curaban el mal humor:

—¿Cómo está hoy nuestro parado?

—Parado.

Luego, con la noche, llegaba una pizza de supermercado. Un plato de pasta, todo lo más. Pero la compartían los tres con alegría y siempre se regalaban unas risas con el tierno material que se fumaban.

Lot

Primero sólo se veía el cristal, limpio como la aurora. Luego el vapor lo cubría, se pegaba a él. Una mano lo golpeaba, dejaba su huella pálida impresa sobre el vaho. Y Amelia, más hermosa soñada que real, se deshacía de gozo. Se desnudaba y alzaba sus brazos como si corriera por un prado. Y los pechos se alzaban rítmicamente.

—¿Vienes a pasear por la playa? —le preguntaba ella de repente mientras se lo tiraba— Estamos en enero. Hace calor. Me alegro mucho de verte. ¿Quieres que lo hagamos en el reloj del ayuntamiento?

Pero ellos ya estaban sobre las olas. Eran barcas navegando por el cielo nocturno. Las estrellas, blancas, cercanas, eran islas perdidas. Y la luna, el reloj del ayuntamiento.

Alberto alcanzaba a Amelia y la poseía sobre un campo de luceros. Su boca era eterna y su carne, pasto de un apetito milenario. La lengua del chico era el infinito que envolvía aquel cuerpo de mujer.

—Yo te quiero —decía él.

—¿Que me quieres? ¿Y qué es querer?

—¡Amelia! ¡Mira tus ojos!

—¿Qué les pasa?

—¡Se han convertido en dos ventanas!

—¿En serio? ¿Y qué hay dentro?

—Espera.

Y Alberto voló por el interior de aquellos ojos morenos que eran dos ventanas. Aquellos ojos grandes que se deformaban azotados por un misterioso viento cósmico.

—¿Qué ves? —la voz de ella llegaba lejana como la conciencia.

Pero todo era sombra:

—No veo nada. Pero yo te quiero.

—Pues llámame mañana. Mi móvil es el...

Claro, Alberto despertó de su sueño mientras aquellos nueve números se perdían en el abismo. Trató de retenerlos en su regreso a la realidad. Fracásó.

Llevaba así toda la semana. Recordando a esa chica de belleza indescifrable de la que tan cerca y tan lejos había estado a la vez. Estaba tirado en el sofá. Eran casi las once de la noche y Miquel le esperaba en la catedral. Se daba cuenta de que ese viernes sólo salía porque albergaba la ardua esperanza de cruzarse de nuevo con Amelia. A ver si la casualidad le echaba un cable.

Cogió el bus que iba al centro y se reunió con su amigo. Entraron en el mismo bar de la semana pasada. Amelia no estaba. Como andaban poco habladores, se bebieron unas cervezas que cambiaron la cosa. A la tercera, Miquel ya estaba repasando su anecdotario de encuentros sexuales. Había una historia que siempre hacía reír a Alberto. Era la de un polvo en la playa. Miquel estaba follando con su entonces novia en el asiento trasero del coche. Se les olvidó poner el freno de mano y, justo cuando las corridas eran inminentes, las ruedas cedieron a la pequeña pendiente y el ford fiesta terminó en el agua.

—¡Y por eso desde entonces siempre voy en moto! —concluía siempre el joven mientras se retorció la barba y sus ojos chispeaban.

Con echarse unas risas, Alberto casi olvida su objetivo de esa noche. Había invertido un largo rato al principio buscando ansioso una cara morena de ojos grandes y mirada desolada.

—¡Oh! —recordó Miquel— Una vez estaba en una discoteca al lado de una tía. Muy fea ella. Se me estaba insinuando y yo no le hacía ni puto caso. Y de repente se me acerca uno que estaba a su lado. Y yo pienso, claro, este será su novio. Pero el pavo me viene y me dice: “Oye, si te quieres tirar a mi amiga...”

—¡Amelia! —le interrumpió Alberto— Perdona, Miquel —se excusó levantándose como si la aviación soviética fuera a bombardear el local.

El otro se había quedado con la cerveza alzada y congelada la sonrisa a las puertas del clímax de su historietita. Anda que no le jodía que le hicieran eso.

Alberto había intuido la cara siempre triste de Amelia entre muchas otras. Llevaba una semana esperando este momento, así que apartó a la gente sin contemplaciones hasta llegar adonde ella. Se la quedó mirando. Ella puso sus ojos morenos en él. Al segundo le reconoció. O eso es lo que le pareció a Alberto. Iba a saludarla, pero la joven siguió su camino como si no le conociera de nada. Al instante se había perdido en la masa cambiante de cuerpos.

Se quedó petrificado. “¡Me ha ignorado! ¡Yo soñando con ella y ella me ignora!”. No quiso darse por vencido. La siguió. Desde el fondo del bar Miquel estiraba el cuello tratando de averiguar qué pasaba.

Alberto vio de nuevo a Amelia en una mesa, hablando con una pelirroja. Tenía una expresión seria. Simple, muerta, pero, por algún motivo, atractiva. Llevaba el mismo abrigo de pana que la otra vez y unos pantalones de un color oscuro indeterminado.

Alberto iba a entrar en escena, pero justo en ese momento un tío como de cuarenta años se sentó en la mesa y besó a Amelia con familiaridad. El joven palideció. Ella prodigaba al desconocido la misma sonrisa que le sedujo a él. El maduro interesante vestía bien, en plan punk que llegó a profesor de universidad. Le daba besos en la sien y se reía. Mientras, la pelirroja miraba incómoda como buscando a alguien. Estaba claro que esa era la tal Rosana a quien Amelia telefoneó la semana anterior.

Un minuto después, el galán maduro-intelectual-alternativo y Amelia salieron del local y dejaron sola a la presunta Rosana. Ésta, desamparada, se levantó. Estuvo un par de minutos bailando sola de manera mecánica. Luego, sintiéndose abandonada y ridícula, cogió el bolso y se largó sin más con gesto airado de disgusto.

Alberto regresó desolado a su silla. Allí estaba Miquel, que prosiguió:

—Pues el pavo me viene y me dice: “Oye, si te quieres tirar a mi amiga, primero tendrás que montártelo conmigo”. Yo me lo quedo mirando y le suelto: “Antes me lo monto contigo que con esta fea. Si quieres poner trampas vete al bosque a por mariposas”. ¡Ja-ja!

Alberto estaba pálido.

—La acabo de ver —dijo.

—¿A la Amelia esa?

—Ha hecho como si no me conociera de nada.

—Y qué. Mejor. Así fueran todas.

Pero aquel desprecio había herido en lo más hondo al muchacho. Él que estaba toda la semana rememorando aquel beso de despedida, esa caricia de labios que no significaba nada. Y ella que ni se acordaba. Ella que se lo hacía con el macarra *cool*.

—Me voy a casa —dijo Alberto.

—¿Porque la torda esa no te ha hecho caso?

—¿Has visto lo guapa que es?

—Tiene un polvarro cerdo. Sí. Pim-pam, pim-pam. Mmm.

Al final Miquel le convenció para quedarse. Pillaron la moto y se fueron a un bar de la avenida de Aragón. Se pidieron unas copas. La música estaba muy alta, así que se dedicaron a bailar sin hablar. De vez en cuando se hacían algún comentario sobre alguna tía buena que pasaba por allí.

En eso que alguien le dio dos golpecitos a Alberto en la espalda. Se dio la vuelta y se encontró con la pelirroja. La amiga de Amelia.

—¿Tienes fuego? —le gritó la chica al oído.

Alberto sacó el mechero. Lo encendió protegiendo la llama con la palma de la mano. Ella acercó la punta a la lumbre hasta que salió humo. Luego dijo:

—¿Sabes que en Portugal ofrecerle fuego así a una chica es como llamarla puta?

—No lo sabía.

La joven ejecutó una sonrisa de compromiso e hizo ademán de marcharse. Él la detuvo:

—Espera. Tú te llamas Rosana, ¿no?

Ella, sorprendida, le estudió con más atención tratando de reconocerle. Alberto advirtió pronto que era de alma avinagrada.

—¿Nos conocemos? —dijo la chica— No me suena tu cara.

—Soy amigo de Amelia.

Sólo con oír ese nombre Rosana enrojó de cólera.

—¿Amigo de Amelia? Qué *placer* conocerte.

—Sí. De la facultad.

—¿De la facultad? ¿Tú eres de Madrid?

—¿Yo? Cla... claro ¿No me notas el dejo?

La chica se le acercó más para inspeccionarle. Miquel observaba desde la barra.

—Pues tu amiga está en Valencia —dijo la tía—. He estado con ella antes. Pero ya se ha ido.

—Oye, una cosa. ¿Tienes su móvil? Es que perdí el teléfono y estoy rehaciéndome la agenda. Y ya que te veo...

La otra le dio el número. Los nueve dígitos con los que Alberto había soñado estaban, milagro mediante, en sus manos. Esta vez no hubo olvido ni despertar posible que le apartaran de Amelia. Sintió ganas de volar sobre todas aquellas cabezas que oscilaban al ritmo de la música. Sólo era un número de teléfono. Pero Alberto se sentía como si acabara de grabar en su agenda el código secreto de la felicidad.

—Oye —dijo la pelirroja—. ¿Y cómo sabes mi nombre?

—Ella ha hablado alguna vez de ti.

—¿De mí? —graznó incrédula— ¿Y cómo me has reconocido?

—Te he vi con ella de pasada. Un día.

—¿Pero tú vives en Madrid o en Valencia?

—A caballo.

La otra no quiso saber más. Tenía su cigarro encendido y, aparte de eso, poco o nada necesitaba de Alberto. Iba a pirarse, pero antes le dijo:

—Si hablas con tu amiga dile que no se le ocurra aparecer por mi casa esta noche porque no pienso abrirle la puerta. Que venga mañana, coja su mochila y se pira a Madrid. Y que no vuelva nunca más.

—Bu... bueno. De tu parte.

Se marchó.

En eso volvió Miquel de la barra con dos cubatas:

—¿Quién era ese horror carmesí?

—Una conocida. De Portugal.

Miquel dejó a su amigo en la puerta de casa a eso de las cuatro y se fue haciendo un caballito. Justo entonces llegaron en taxi Amparo y Rosa Mari.

—¿Subes a casa? —preguntaron a Alberto.

—Voy a dar una vuelta —respondió él con gesto fosco.

Las dos muchachas se miraron.

—¿Qué pasa? —inquirieron.

—He visto a Amelia. Y ella a mí. Pero ha pasado de mi culo. Estaba enrollándose con un abuelaco *hip*. Perdonad, me voy a dar una vuelta.

Caminó en dirección al puerto. El murmullo de las aguas se escuchaba soterrado bajo los coches que iban y venían. Sus compañeras de piso le alcanzaron.

—¿Dónde vais? —les preguntó.

—Contigo —respondieron.

Había una verja rota por la que se colaron hasta el muelle de Levante. Se sentaron con los pies colgando sobre las aguas. Se veían a lo lejos los camiones y grúas llenando de ceniza y grano los cargueros. Las luces de los barcos que se alejaban por la dársena paseaban fantásticas bajo el cielo de la noche. Como si fueran las únicas estrellas tras un apagón del firmamento.

—No entiendo por qué te has colgado tanto de esa tía —dijo Rosa Mari—. Y ya ha sido casualidad que te la hayas vuelto a cruzar. Joder.

—A lo mejor ha sido para bien —dijo Amparo—. Así ya sabes que ella pasa de ti y que además es una gilipollas.

Alberto movió la cabeza inconsolable:

—Cuando la miré por primera vez ya sentí algo... distinto. Cuando se me acercó y bailó conmigo ese algo creció dentro de mí. Me sorprendió. Pasó en un segundo. Y luego fuimos a la playa. Y quería que aquel momento jamás terminara. Y se fue sin dejarme decir que...

—No puedes estar enamorado.

—Lo estoy.

—¿De qué? —dijo Amparo— ¿De una cara? No conoces de nada a esa tía.

—Claro —dijo él—. Amelia es tan misteriosa. Parece un poco cabrona, pero cuando menos te lo esperas se quita la máscara. Y entonces es guay.

—¿Y tú que sabes? —dijo Rosa Mari.

—¡Dejadme! —protestó el despechado— Ella necesita alguien que saque su lado más dulce. Que la quiera...

Las muchachas se dirigieron una mirada de alarma. Como diciéndose: “Este chico no está bien”. Pero Alberto continuó hablando:

—Vive en Madrid. Tengo su teléfono.

—¿Y qué vas a hacer? —se escandalizaron al unísono.

—Ir.

—¿Qué dices? —exclamaron.

—¡No es ninguna locura! —gritó mientras se ponía en pie y caminaba en círculos. Ellas le miraban con piedad— ¡Mirad mi vida! ¿Qué hay de sólido en ella? ¡Toda mi vida es de papel! Conozco a una chica. Me enrolló con ella. Y me enamoro. Sí, me enamoro. Qué pasa. ¿No veis que nada en mi vida tiene sentido?

Esto por lo menos es algo. ¿No dicen que el amor le da sentido a la vida? ¡Lo leí en un sobre de azúcar!

—¿Y te vas corriendo a Madrid detrás de una tía a la que no conoces de nada? —dijo Rosa Mari— ¡Tú lo que estás es zumbado!

—No —dijo él—. Detrás de una desconocida no. Detrás del amor. El amor me espera en Madrid.

Amparo terminó de liarse un porro y repuso:

—El amor está ahora con las bragas bajadas en la cama de un casado.



*“El amor está ahora con las bragas bajadas
en la cama de un casado”*

El tiempo perdido

Un chico y una chica, desconocidos, se sentaron delante de Alberto en el autobús que iba para Madrid. Se habían mirado torpes al ocupar sus asientos.

—¿A quién le toca la ventana? —preguntó ella.

El tío le cedió ese lugar. Tenía acento extranjero. Belga, dijo después que era.

El bus había partido de madrugada y Alberto dormitaba con la cabeza apoyada en el cristal. La chavala de delante estaba más bella cuando sonreía. Sabía sonreír con un gesto que le iluminaba los ojos almendrados. El belga también era buen mozo. Rubio, de mirada rasgada y clara. Muy delgado, eso sí.

La conversación entre los dos desconocidos surgió casi mágica y Alberto la escuchó entera. El belga explicó su vida a la española: iba a Madrid después de pasar por Barcelona, Ibiza, Denia y Valencia. Una bolsa era su único equipaje. Bueno. Eso y una armónica y una guitarra. Alberto pensó que el pavo se las daba de vagabundo. Y que los vagabundos no van tan bien afeitados ni con ropa tan pija.

A ella se le iluminaba la cara con la historia.

—Toca algo con la armónica —pidió la joven con sonrisa infalible.

Y al momento ya sonaba con gran dulzura una melodía improvisada que oscilaba entre el acorde y la nota sola. La musiquilla le apaciguó el alma a Alberto que miraba por el cristal tratando de atravesar la noche.

Cuando el belga terminó de tocar, ella aplaudió infantil y rió sin ruido. Y así continuaron hablando durante toda una noche sin estrellas. El motor del bus zumbaba con desgana. Cada frase que decían desprendía magia. Alberto, en su duermevela, soñó para sí un encuentro como aquel. Con Amelia. La casualidad como mecenas del amor. Dos billetes que el azar pone uno junto al otro.

Entreveía el rostro del belga, cada vez más ilusionado por haber conocido a una chica como aquella. Y ella, ella reía con un encanto sublime, pero insondable. “¿Sonríes así porque es el modo en que siempre lo haces o es el amor quien te anima el gesto?”, pensó Alberto.

Lo cierto es que el sol les pilló a todos en la carretera. Cuando sus rayos comenzaron a caldear el mundo, los dos desconocidos, ya un poco conocidos, se adormecieron como por encanto.

Llegaron a la estación de autobuses. Para entonces las miradas que el belga dedicaba a la chica despedían ya fuego evidente. Pero antes de que pudiera darse cuenta, ella había salido del bus y se había lanzado en brazos de un tipo que la esperaba en el andén. Era alto, de pelo largo y vestía una vieja chupa de piel. Se dieron un abrazo de los que parece que no terminarán jamás.

Alberto les observó desde su asiento. El falso vagabundo también. Los novios sonreían felices por el reencuentro. La chica lo hacía con su espléndida, indescifrable sonrisa. Casi la misma en la que el belga creyó adivinar un sentimiento recién nacido. Alberto dirigió por curiosidad una mirada al lugar donde se había sentado el extranjero perdedor. Había desaparecido en silencio.

Alberto pilló su bolsa y salió de la estación. Sacó el móvil y llamó a Amelia. Su voz áspera le sobresaltó:

—Quién es.

—Hola. ¿Amelia?

—Sí. Quién eres.

—Soy Alberto. De Valencia.

—

—Nos conocimos hace unas semanas en Radio City.
—¿Cómo tienes mi teléfono?
—Me lo dio una amiga tuya. Oye que estoy en Madrid haciendo un curso de... ictericia aplicada. ¿Quieres que quedemos?
—¿Y tú cómo sabes que vivo en Madrid?
—Me lo dijo tu amiga.
—Joder con mi amiga. Ven a mi casa si quieres. Vivo en el rastro, encima de un bar que se llama Sonata.
—Vale. ¿Cómo se va ahí?
—En taxi.

Llegó a la dirección indicada sin creer todavía que ella hubiera dicho sí. Toma milagro. Durante el trayecto casi se le sale el corazón por el culo. Tan eufórico estaba que ni se percató de cómo se disparaba el taxímetro.

El coche le dejó delante del bar Sonata. Volvió a llamar a Amelia:

—Ya estoy aquí.

—Es la puerta dos.

Subió las escaleras. ¿Estaría guapa esa mañana? Alberto se peinó malamente, pero nada pudo salvarle de las ojeras y la palidez del viaje.

Amelia, muy hippie ella, le esperaba en el dintel. Llevaba unos pantalones anchos y un suéter de colores vahídos y mangas que le colgaban. Uniforme de ir por casa. El pelo, más claro a la luz del día, recogido en una descuidada coleta.

Se dieron dos besos.

—Me sorprende que hayas querido verme —dijo él—. ¿Por qué has dicho que sí?

Ella levantó los hombros con cara neutra:

—Igual podía haber dicho que no.

Alberto sintió un latigazo en el alma.

—¿Quieres pasar? ¿Quieres tomar algo?

—¿Qué tienes? —preguntó Alberto mientras entraban en el piso.

—¿Te apetece poleo de menta? Le puedo echar unas gotas de anís.

El chico, con la mochila a cuestas, asintió. La casa estaba decorada con gusto estrafalario. Los muebles eran viejos y feos. Las habitaciones habían sido pintadas con colores asimétricos y gritones. Había cuadros de espanto colgados sin marco. Firmas y dedicatorias en las paredes. También poemas y letras de canciones. Sobre la mesa del salón quedaban restos de tabaco, probablemente tras una noche consagrada al hachís.

Alberto se sentó en el sofá. Le recordaba, por viejo, al de su casa. Amelia volvió enseguida con el poleo y un café para ella. Se sacó un porro hecho del bolsillo y se lo encendió.

—Así que has venido a Madrid a hacer un curso sobre ictericia aplicada. Suena bien.

—Ya —respondió él hundiendo la nariz en la taza.

—Seguro que es algún rollo sobre la muerte del pensamiento, la decadencia de occidente y todo eso.

—¡Exacto! ¿Cómo lo has sabido?

—No es difícil. ¿Dónde dan las clases?

—En... ahí...

—¿Dónde ahí?

—Yo...

—Dime.

—Amelia, yo...

La puerta del piso se abrió. Apareció un tipo gigantesco, blanco, pero con rastas negras.

—¡Hola, niña! —saludó con acento canario— ¿Quién está contigo? ¡Hola! Me llaman Miguel Ángel —ofreció una pesada mano al invitado.

—Alberto.

—Encantado —y dijo a Amelia—. ¡La vieja ha estado toda la noche graznando con su guitarra! ¡Que se la lleve el Diablo! ¡Que se la lleve! Estoy deseando que se haga famosa para que se mude al barrio de Salamanca. ¡Aunque por mí como si se muda al Infierno!

Alberto miró interrogador a Amelia, que le explicó:

—Habla de Ana Teresa. Es nuestra compañera de piso, que es cantautora.

Esas palabras hicieron que Miguel Ángel escupiera el agua que se acababa de servir.

—¡Cantautora! ¡Un buitre con traqueotomía canta mejor que ella!

—¿De quién hablas, inmigrante ilegal? —rugió una agria voz a sus espaldas.

Todos se volvieron. Acababa de entrar en casa una mujer que había cumplido los cuarenta de puta pena. Y buenos testimonios de ello eran su piel ajada y el color marchito de sus cabellos, feos como las crines de un burro muerto. Vestía un abrigo de lana granate con toda la pinta de haber permanecido durante décadas olvidado en un armario o tal vez en alguna tumba egipcia. En su mano amarillenta sostenía un cigarro negro.

—¡Hombre, acaba de llegar la fulana de la canción española! —dijo Miguel Ángel.

—¡Hola! ¡Qué hablas, estafador! —respondió ella.

Se acercó a Alberto con una sonrisa tan fea que el Gobierno debería prohibirla:

—Me llamo Ana Teresa. Encantada. ¿Eres uno de los *amigos* de Amelia?

—Sí. Alberto —respondió él mientras le daba dos besos. La mujer hedía a tabaco.

El visitante se percató entonces de que en la habitación había una concienzuda red de ceniceros llenos hasta los topes de colillas.

—¿Y por qué no nos vamos a cenar los cuatro esta noche? —propuso la cuarentona.

—¿Contigo? —dijo Miguel Ángel— No te vayas a creer que te escaparás sin pagar. Inmunda, que eres una inmunda.

—¡Sólo intento que esto parezca una casa normal! ¡Vas a asustar al chico!

—¡Arpía!

—¿Yo? ¿Qué hablas tú, gallináceo?

Ana Teresa cogió de la mano a Alberto:

—¿Sabes de qué dice que trabaja este salvaje isleño? ¡Es curandero!

—Pero de los serios —dijo el canario—: tengo un blog. Y echo las cartas. Pero tranquila. A ti no te leeré el futuro. No quiero hacerte llorar.

—¡Estafador! ¡Sinvergüenza! —gritó la cantautora.

Alberto, muy incómodo, trató de cazar alguna mirada de Amelia. La muchacha, sin embargo, parecía haberse desentendido de él. Qué bella estaba. Siguió con esmero la curva delicada de su barbilla y de su cuello. No era la suya una piel extraordinariamente suave. Y qué. Sus rasgos bien podían aspirar a lo perfecto.

—¡Todo decidido! —dijo Ana Teresa— Ven esta noche a eso de las nueve y media y nos vamos los cuatro a cenar por ahí. ¿Os parece bien?

Alberto asintió y miró a Amelia ocultando un gesto de súplica. Ella dijo sí y su pretendiente sintió que los dados del universo jugaban a su favor. El que parecía más reacio era el curandero. Ana Teresa insistió:

—¡No seas necio! ¿Es que esta noche tienes que exorcizar a alguien?

—Vale, pero por no hacerle un feo al chico este.

Alberto regresó a la hora convenida. Se había puesto lo mejor que llevaba. Se había mirado en el espejo de los baños de un bar. Pantalones prietos y jersey azul. Buen efecto hacía el viejo abrigo con dibujo negro y blanco. Le daba un toque bohemio muy a propósito de la chica a la que quería ligarse. O, por jugar a precisar, a la que quería arrancar el amor.

Se peinó hasta estar casi presentable. La barba castaña ya le despuntaba porque no tenía con qué afeitarse. Sus ojos, marrones y confusos, estaban rojos de cansancio. Pero esa noche tocaba rutilar. Molar.

Amelia y sus dos compañeros de piso bajaron con quince minutos de retraso. Ya todos juntos, pillaron el bus y se apearon delante un restaurante muy hippie. El interior tenía forma de pasillo. Lo iluminaban velas que le daban un toque entre íntimo, lisérgico y tenebroso. Había parejas *alternativas* que se daban besos y grupetes de chavales con el pelo largo. Chicas, absentas y medias de colores.

Miguel Ángel pidió unas birrillas y se lió un porro. Durante la charla, Amelia le habló a Alberto un par de veces y sin demasiadas ganas de hacerse la simpática. Era más bien Ana Teresa la que le hacía preguntas al chaval y se esforzaba por ser agradable.

—¿Y de qué conoces a Amelia? —le preguntó con su voz de carajillera otoñal e incluso invernal.

—La conocí hace unas semanas en Valencia.

—Un rollo —aclaró la propia implicada dándole un trago a su caña.

Alberto se sonrojó y se terminó su vaso en dos golpes.

—Bebe, bebe, angelito —le decía Ana Teresa mientras le daba palmaditas en la espalda.

—¿Y vosotros a qué os dedicáis? —preguntó Alberto.

—Yo soy curandero —respondió Miguel Ángel.

—Un sacapotras es lo que tú eres —dijo Ana Teresa encendiéndose un ducados.

—Y también echo las cartas —prosiguió el canario sin hacerle caso—. Mira, vengo anunciado en el periódico.

Cogió un diario gratuito de la mesa de al lado y lo abrió por la página de clasificados. En efecto, junto a un número de móvil, se leía: “Tarot, carta astral, cristalomancia, hipnoterapia, transcomunicación, copromancia y lectura de manos y pies. Conocimientos de magia blanca (titulado por la SEPS). Garantía 100%. Recomendado por la PIS. Ángel Changó”.

—¿Te gusta? —preguntó Miguel Ángel—. Quise añadir unas prácticas de verano que hice con *master* Hu, un maestro de *reiki* que tiene su gabinete en Calasparra. Pero me pareció demasiado largo.

—¡Ladrón! —exclamó la cantautora con su voz descarnada— A mí me han dicho que tú has trabajado de otras cosas antes de salir de la selva.

—¿Qué quieres decir, genocida sónica? —inquirió el canario sin esconder su irritación. Las rastas le tremolaban.

—Ya me lo ha dicho más de uno —dijo Ana Teresa—. Que tú has cobrado por acostarte con hombres.

El astrólogo dio un puñetazo con su inmensa mano sobre la mesa justo en el momento en que se acercaba el camarero. Este dio inmediatamente media vuelta. La cara habitualmente pálida de Miguel Ángel estaba ahora granate de ira:

—¡Si vuelves a decir eso te arranco la lengua y te azoto la cara con ella! ¡Fulana!

—¡Ya está bien! —exclamó Amelia— ¡Si no os calláis me voy a casa!

Sus dos compañeros de piso obedecieron. Por el momento.

Para cenar se pidieron un guisado de pollo con huevo y patatas. Bebieron vino. La conversación se fue relajando. Miguel Ángel fue el primero en desatascarse y explicar a Alberto que vivió en Las Palmas hasta los veinte años y que vino luego a Madrid a buscar fortuna. Las cartas y las curas (en las que fingía creer religiosamente) le daban al menos de comer, de beber y de fumar. Se servía de hierbas naturales con algunos toques de licor (de plátano, por ejemplo) para curar a sus pacientes. En el piso tenía una habitación llena de figuritas y estampas religiosas que había ido pillando por ahí en los pueblos de media España. Afirmaba con su acento dulce a la vez que valiente:

—Yo tengo un poder que viene de la tierra. Yo cojo la energía de la tierra. Soy un transmisor que la pasa a las personas y les curo sus males.

Ana Teresa, que ya estaba beoda, se reía de él como una bruja y fumaba como un estibador. No se le escapó a Alberto cierto grado de dulzura en las miradas que el canario intercambiaba con Amelia, que estaba matadora con aquel cabello desmadejado y un suéter ceñido y oscuro.

—¡Yo soy cantautora! —dijo Ana Teresa cuando creyó llegado su momento. Hablaba envuelta en el humo de sus cigarros.

—Canta como los ángeles... —dijo Miguel Ángel— del Infierno.

—Oye, ¿por qué no me sanas el coño, chamán de todo a cien? —dijo ella.

—Porque lo de Lázaro sólo puede hacerlo nuestro señor Jesucristo —dijo Miguel Ángel.

—A curar las almorranas de los cerdos de mi tío te pondría yo —dijo Ana Teresa—. Verías cómo se te quitaba la tontería.

—Preferiría esas a las tuyas —dijo el canario.

—¡Bueno! —se hartó la cantautora— ¿Me vas a dejar relatarle mi periplo vital a este chico tan simpático o no?

El curandero ni respondió. Se limitó a beber vino.

—Pues como te iba diciendo —dijo Ana Teresa rozando la mano de Alberto—. Soy cantautora. Hace cosa de un año me divorcié de mi marido y me vine a Madrid a la aventura.

—¿Pero de dónde eres? —dijo Alberto apartando la mano.

—De Alcaraz. De joven era compositora. Hacía canciones felicitando el cumpleaños a los que llamaban a la radio del pueblo. Pero luego me casé y todo eso se acabó. Así que, cuando dejé al bandido de mi marido, me dije: “Qué coño. Hay que recuperar el tiempo perdido”.

—Recuperar el tiempo perdido es una pérdida de tiempo —dijo Miguel Ángel. Ana Teresa le ignoró:

—Por eso hice lo que tenía que haber hecho cuando tenía veinte años. Me vine a Madrid a tocar de bar en bar. A volver a componer.

El canario no pudo contener la risa:

—¡Pues ese es justo el problema! —dijo entre carcajadas— ¡Que tenías que haberlo hecho a los veinte años! ¡Ahora das pena! ¿La palabra dignidad no te dice nada? Ya te la buscaré en el diccionario. Empieza por c de kilo.

—¿Te quieres callar? —exclamó la cantautora. Y luego le dijo a Alberto— Ana Teresa es mi nombre artístico. En realidad me llamo María Teresa. Pero lo de Ana tiene más glamour.

—El mismo que tú —dijo Miguel Ángel.

—Escuchad, chicos —dijo la artista ignorando los ataques, apagando su cigarro— ¿Por qué no vamos a casa y os hago un concierto? Necesito que me deis vuestra opinión sobre una canción que tengo entre manos porque no sé si queda mejor a ritmo de fado o de *break dance*. Y también estoy trabajando en una versión *reggae* de la novena sinfonía de Descartes.

Para amargura de Miguel Ángel, en media hora ya estaban de vuelta en el piso y bastante bebidos. Amelia no tardó en empolvarse la nariz. Invitó al curandero a una raya, pero no a Alberto. Luego comenzaron a rodar los porros mientras Ana Teresa cogía una guitarra cochambrosa y se sentaba en un taburete. Alberto apagó todas las luces a excepción de una débil lámpara de mesa. El corroído perfil de la cantante, desmejorada por la borrachera, se dibujaba siniestro y tenebroso.

Con el cigarrillo colgándole de los labios, comenzó a cantar un tema de desamores y sueños rotos. Su voz, vista con buenos ojos (o escuchada con buenos oídos), podía pasar por un arma bacteriológica. Miguel Ángel se tapaba las orejas. Alberto fingía disfrutar de esa pura mierda musical. Amelia permanecía ausente, tal como había hecho toda la noche. Sin embargo, las sombras la animaban a librarse de su máscara. Alberto la miró entonces y creyó adivinar una pena infinita en sus ojos castaños. Había en ellos algo de desamparo, de indefensión completa ante la vida. ¿Qué escondía aquella esfinge de carne y belleza?

Para cuando se dio cuenta, Ana Teresa había dejado de tocar, por suerte para Occidente. El curandero hizo ademán de encender la luz.

—¡Espera! —le gritó la artista casi con miedo, pasándose la mano por los ojos.

Alberto comprendió que Ana Teresa había llorado en la oscuridad mientras cantaba.

Pero Miguel Ángel pulsó el interruptor sin contemplaciones. La irrealidad se vino abajo. Alberto creyó despertar de un sueño.

—¿Dónde duermes? —le preguntó la cantautora con la voz todavía blanda.

—No tengo alojamiento —respondió el valenciano.

—Puedes quedarte aquí.

—Os lo agradezco mucho —respondió dirigiendo una mirada tierna a Amelia. Ella no le correspondió.

Durmió en el sofá. Vestido. La borrachera le daba a la vez sueño y ganas de seguir despierto. La luz estaba apagada, pero el resplandor de las farolas se colaba por la persiana. Trató de cerrarla bien, pero estaba rota. Se tapó la cara con el brazo para librarse de la molesta luz.

No sabía qué hora podía ser cuando escuchó unos pasos en la oscuridad. Abrió los ojos:

—¿Amelia? —susurró con alegría.

Una figura de mujer se le acercaba.

—¿Amelia?

—No —respondió una voz cascada.

—¿Quién eres?

No hizo falta respuesta porque vio emerger de entre las tinieblas las innobles facciones de Ana Teresa.

—Hola... Alberto.

—¿Qué... qué pasa? ¿Qué haces aquí?

La artista fracasada lanzó un suspiro y dijo:

—Recuperar el tiempo perdido.

—¿Cómo? ¿Y esto te parecen horas para hacer eso?

—¿Por qué se ríen de mí cuando canto? ¿Verdad que no soy un monstruo?

—No, claro. A mí me ha llegado la letra.

—No hago nada malo. Sólo quiero hacer las cosas que siempre quise y nunca pude. Estos jóvenes deberían admirarme. A ver si ellos, cuando tengan mi edad, son capaces de dejarlo todo como yo para hacer lo que les gusta de veras. Pero piensan que soy una ridícula.

—¿Amelia también se ríe de ti?

—¿Amelia? La que más. ¡Es el Diablo! No tiene corazón. Yo... hay tantas cosas que quisiera hacer. Hay tantas cosas que llevo años sin hacer.

Su rostro zafio y pálido estaba inusitadamente cerca del de Alberto. Apareció entonces una mano de la nada y se puso sobre el vientre del muchacho. Él, alarmado, trató de incorporarse. Pero ella le detuvo:

—¡Silencio! —susurró— Escúchame, Alberto. Mañana por la noche hay una fiesta aquí. Me piden siempre que cante. Y lo hacen para reírse de mí. ¡Animales!

Mientras decía todo esto, la mano se paseaba con descaro por todo el cuerpo de Alberto. El joven se dio cuenta de que algo se endurecía en su entrepierna muy contra su voluntad.

—¿A que no soy una perdedora? ¿A que soy una ganadora por seguir luchando? No tengo un duro. Y qué. Aquí estoy peleando.

—Sí.

En eso que la mano de la mujer fue a parar con brusquedad cañí a la entrepierna del varón. Éste soltó un respingo.

—Relájate, angelito —dijo ella—. Ya te he dicho que quiero recuperar el tiempo perdido.

Fue lo último que dijo antes de que su cabeza descendiera a la oscuridad, sonara el rumor de una bragueta que se baja y comenzara a practicarle una felación.

Lo es

El día sorprendió a Alberto despierto y con un dolor de cabeza insufrible. Recordó los acontecimientos de la madrugada y se cubrió el rostro, avergonzado como si Yahvé acabara de expulsarle del paraíso. Volvió a dormirse.

Miguel Ángel entró en el salón a eso de las diez. El gigante se llevaba una mano a la cabeza:

—Qué resacón, rediós. ¿Cómo has dormido, Alberto?

—Como un condenado a la silla eléctrica.

—Tómame esto.

Le alcanzó un vaso con una infusión rojiza.

—¿Qué es?

—Coca.

—¿De la que se esnifa?

—De la que se bebe. Es como una tila.

—¿No tenéis leche?

—No de la que tú quieres.

Alberto pilló el vaso que se le ofrecía y lo bebió con avidez. Sólo entontes preguntó:

—¿Qué relación tienes con Amelia?

—¿Con Amelia? Somos... compañeros de piso.

—Amigos.

El canario se sonrió y dijo:

—No sé si esa palabra entra en el diccionario de esta chica.

—¿Entonces?

—Tú lo que quieres saber es si me la zumbo, ¿no?

Alberto carraspeó incómodo.

—Tranquilo, campeón —dijo Miguel Ángel—. Esto no es el convento de las monjitas.

—Me he dado cuenta. ¿Te la... te acuestas con ella o no?

—A veces le hago las veces de concubino.

Alberto movió la cabeza con pesar.

—¿Qué? —dijo el adivino— ¿Es que ella te gusta? Pues yo no soy tu rival. Lo mismo me da ella que otra. A veces la chica vuelve borracha y con ganas de pitipim-pitipam y yo le curo ese mal. ¡Para algo soy sanador! Sólo es sexo. Tú puedes quererla y todo eso, si te apetece.

Alberto asintió dolido.

—Venga, hombre —dijo Miguel Ángel—. Hoy tienes tu oportunidad. Esta noche montamos una fiesta aquí. Proponle sexo y, si está contenta, te dirá que sí. ¡Pero no te vayas a enamorar!

—¿Por... por qué no? —preguntó Alberto.

—Pues porque es una persona sin alma. No tiene sentimientos. Se convive bien con ella si no se la molesta.

El teléfono móvil de Miguel Ángel empezó a sonar.

—Sí —dijo respondiendo—, yo soy Ángel Changó. ¡No! ¡Por Dios, señora! ¡Esto no es un 806! ¡La llamada es gratis total! ¡Con descuento si llama desde Calasparra! Venga a mi gabinete parapsicológico y yo le escutaré el futuro. Por su voz siento que Dios le depara todo lo bueno. ¡Oh, sí! Dios regala la felicidad a todos los mortales, sólo hay que saber entenderla. Hay que aprender a escuchar la voz de Dios. Sí, la espero. Sólo efectivo.

Colgó el teléfono y rugió:

—¡Me cago en Dios! ¡Viene una para acá y mira qué desorden! ¡Esto parece una casa de putas! ¡No lo parece! ¡Lo es!

Por la tarde Alberto salió a dar una vuelta. Esa noche era la fiesta. Y también el momento de declararse a Amelia. Tenía un extraño sentimiento. Estaba convencido de que ni Ana Teresa ni Miguel Ángel conocían a la verdadera Amelia, pese a que compartían techo con ella. Sólo él había sabido verla. Decían que era el Diablo, que no tenía alma. ¿Y por qué entonces a la muchacha se le llenaban los ojos de indefensión en cuanto alguien apagaba la luz? Alberto dio por hecho que Amelia era infeliz porque en su interior habitaba un apetito no saciado. Y ese apetito era el amor. El mismo que a él le consumía. El mismo que le había llevado a aquella casa como mínimo pintoresca.

Era seguro que los demás chicos buscaban a Amelia sólo por su belleza. Era seguro que nadie le hablaba al espíritu como él se proponía hacer esa noche.

Fiesta

A eso de las diez comenzó a llegar peña al piso. Eran tíos vestidos con estudiado desaliño o elegancia requeterrebuscada. Traían comida, botellas de vodka, de vino, de absenta. Saludaban con familiaridad a Miguel Ángel y trataban de charlar con Amelia que, según le pegaba, se deshacía en simpatías o pasaba de todo. Ana Teresa bebía sola e ignorada en un rincón. Nadie le hablaba más que para reírse de ella. Los invitados, en su mayoría estudiantes de filosofía, historia, bellas artes, imagen, periodismo y cosas de esas, miraban con curiosidad a Alberto. El valenciano se sentía un rancio entre tanto personal que parecía recién salido de una comuna parisina. Tanta gente que conversaba acerca de exposiciones de cuadros hechos con excrementos de chow chow en una casa okupa o cortometrajes sobre la cópula entre una tortuga y un balón de playa que simboliza la dictadura del proletariado. Todo en un plano-secuencia cenital.

En su condición de intruso, se limitó a callar, beber y acechar el momento de declarar su amor a Amelia. Había decidido que lo mejor era ir de frente. Perderse por recovecos y dudas no podía llevarle a ninguna parte.

—Menuda manada de meapilas —le susurró rencorosa Ana Teresa, mientras le dedicaba una mirada tierna.

Alberto recordó los acontecimientos de la madrugada y se llevó las manos a la cara con vergüenza. La cantautora siguió emborrachándose con la naturalidad que da el hábito.

La cena, servida en más platos de los que el buen sentido indicaba como necesarios, se fundamentaba en extrañas salsas picantes y verduras. No había un mísero trozo de carne. Los allí reunidos eran vegetarianos para la ocasión. En general, todo estaba muy bueno. Ya durante la cena se bebió a velocidad de crucero. La gente reía entre porro y porro. Alguno que otro era artista. Y el alcohol le animaba a explayarse y explayarse sobre sus rollos. Particularmente uno, que decía ser dramaturgo, se entusiasmó demasiado y no dejaba a nadie hablar de otra cosa que no fuera su última obra de teatro, que había sido estrenada en el patio de luces de una casa okupa de Leganés. La pieza estaba protagonizada por unas gafas de bucear que aspiraban a la ataraxia. En el camino de su odisea interior se encontraban con Kant, Jorge Valdano y un vendedor de manteles atormentado por un oscuro pasado como saltador de radiocasetes. Al final todos morían mientras el apuntador se comía un pollo crudo y gritaba que Dios no existe.

El autor de la obra hablaba de sí mismo y miraba de reojo a una bonita chica llena de pendientes para ver si la impresionaba o qué. No calló hasta que Miguel Ángel le agarró con sus brazos de coloso a la voz de:

—¡Cállate ya, plomazo! ¡Cállate yaaaa!

La chica de los pendientes se rió tanto que el dramaturgo no abrió la boca en toda la noche.

Para entonces Ana Teresa ya iba doblada de tanto beber whisky en soledad. El cenicero que tenía al lado estaba empachado de colillas. Tenía en la boca la torcida sonrisa de los borrachos y los ojos enrojecidos y al punto de cerrarse.

—¡Ana Teresa! —exclamó entonces Amelia— ¡Cántanos algo!

Esta alzó la cabeza y respondió:

—Y una mierda.

—En serio, chica —insistió Amelia— Esa que tocaste el otro día. La que se llamaba Bar *Passión*. Se me puso la carne de gallina.

Todos prorrumpieron en un aplauso y brindaron por Ana Teresa varias veces. Alberto lo observaba todo en segundo plano.

La cantante, desbordada de contento, fue a por su guitarra, dejó encendida sólo la lámpara y se sentó en su taburete.

La guitarra ronroneó en La menor con un rasgado simple y monótono. Luego entró la voz. La *estrella* estaba tan borracha y había fumado tanto que empezó con un gallo de los que crean escuela. Eso destapó las primeras risas de los culturetas espectadores.

La letra hablaba de un supuesto bar donde una acabada y un perdedor empiezan una nueva vida juntos. Aquel vitalismo tardío y marchito hizo reír a la gente. Alberto vio cómo a Ana Teresa se le desmoronaba la alegría. De la sonrisa inicial poco quedaba, conforme comprendía que la habían hecho salir sólo para hacer la fiesta con ella.

Llegó el estribillo, en el que la voz subía de repente una octava. El graznido de Ana Teresa levantó una ovación y un corifeo de risas. Pero ella quería vencer. Aun cantando un auténtico andrajo de canción. Por eso continuó firme. Alberto, oculto en la oscuridad de la habitación, adivinaba el temblor de su barbilla.

Los crueles espectadores, al ver que la cuarentona no se dejaba vencer por sus burlas, se irritaron. Prorrumpieron en imprecaciones abiertas:

—¡Para de mugir, vacaburra!

—¡Que le echen tres en uno en la garganta!

—¡Eso! ¡Que se la desembocen!

—¡Canta como una hiena capada!

—¡No, no, mejor! ¡Canta igual que una alimaña sarnosa y corroída!

Pero la canción había llegado a su final. Y Ana Teresa no se había movido ni un milímetro. Dejó su guitarra, encendió la luz y se dirigió a la puerta sonriente. Desde allí les miró a todos con desdén. Lo más parecido a fans que tenía eran esos chicos que ahora no eran capaces de sostenerle la mirada.

Desapareció en dirección a su habitación.

Tras unos segundos de silencio un poco embarazoso, la conversación renació. Un músico de vanguardia se puso a parlotear sobre su último proyecto: un disco techno-hardcore-neoindustrial-hip-hop-folkie-grunge-sinfónico-callejero cuyas letras hablaban única y exclusivamente de longanizas. Y en inglés. Si se escuchaba la última canción del revés, se oía el Bando de la Huerta.

Amelia seguía riéndose de Ana Teresa. Por precisar, se desternillaba como una bruja. Y como todos la deseaban, todos terminaban por reír también. Todos menos Alberto.

La madrugada avanzaba. Todos estaban bajo el desaforado influjo del alcohol y de lo que no es el alcohol. Alguien propuso subir a la terraza, así que allí terminaron cantando, fumando, bebiendo. Y los vecinos que se jodan.

Alberto les siguió en silencio, con las manos en los bolsillos. No se le pasaba por alto que Amelia no le había dirigido la palabra ni una vez en toda la noche.

En un determinado momento ella se quedó sola, apoyada en la barandilla, mirando una luna enfermiza que asomaba sobre los tejados y la ropa tendida. Alberto comprendió que ese era su momento. Había ido a Madrid en busca de ese momento y sólo por eso se había enmarañado en aquella casa del despropósito.

“Decisión”, pensó. “La cobardía es más inútil y duradera que el rechazo”.

Se apoyó a su lado en la barandilla.

—Amelia.

Ella le miró y parecía lejana como el final de una hipoteca. La luz de la luna revestía de espiritualidad la belleza de la chica.

—Quiero decirte una cosa —dijo él.

—A ver.

—No he venido a Madrid a hacer un curso de ictericia aplicada. He venido a verte a ti.

Ella no dijo nada. Ni cambió de cara. Pero Alberto no quiso desanimarse y prosiguió:

—Recuerda lo que pasó entre tú y yo. Sé que te empeñas en dar una imagen de tía fría que pasa de todo. Pero yo sé ver en ti cosas que los demás no ven. Veo que tienes un gran corazón. Que eres sensible. Que escondes una gran alma y que quiero conocerla. Te he seguido porque estoy enamorado de ti.

—Bah. Ya se te pasará.

—No quiero que se me pase. Eres la mujer más increíble que he conocido nunca. Eres fascinante, eres...

Ella pudo evitar reír, pero no lo hizo. Alberto enmudeció. Amelia rompió el descorazonador silencio:

—Fue un polvo de una noche. La historia terminó cuando me dejaste en el ayuntamiento. Y por descontado que no te quiero.

Alberto abatió la cabeza vencido.

—Esta noche puedes dormir en casa —dijo ella—. Pero mañana te vas.

Dio media vuelta y se marchó silbando una canción de Julio Iglesias.

¡Changó!

—¡Despierta! ¡Alberto, despierta!

Abrió los ojos. Miguel Ángel que le zarandeaba.

—¿Qué ocurre? ¡Déjame! ¡Loco!

—¡Te necesito!

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Va a llegar una clienta y yo tengo que ir al juzgado a declarar.

—¿Una clienta?

—Sí. Necesito que le echés las cartas. Me hace falta el dinero.

—¡Pero... pero yo no puedo echarle las cartas! ¡No soy vidente!

—¡Ni yo! ¡Sólo tienes que fingirlo! ¡Dile que tiene preocupaciones por el dinero y por sus hijos! ¡Y luego le dices que todo se arreglará, pero que una amiga la traicionará!

—¡No puedo hacer eso! ¡No tengo tanta cara!

El canario se arrodilló agarrándose las rastas:

—¡Te lo suplico! ¡No puedo dejar escapar ni un céntimo! ¡Dile que la voluntad son 40 euros!

Alberto se dejó conmovido por la desesperación de Miguel Ángel:

—¡Mierda! ¡De acuerdo, coño! ¡Lo haré!

—¡Gracias, gracias! —exclamó el adivino dando saltos que recordaban a los de ciertos grandes simios. Luego salió del piso cerrando de un portazo.

Sólo entonces pudo recordar Alberto el revés sentimental de anoche. Y sintió que el mundo se desintegraba a su alrededor.

No habían pasado veinte minutos cuando llamaron al timbre. Se colgó del cuello un rosario de negras cuentas y abrió la puerta. Había una mujer de unos cuarenta años que vestía con sencillez de barrio y que tenía una mirada como insegura.

—Hola, muy buenas —dijo con timidez—. Venía a ver a Ángel Changó.

Alberto alzó la barbilla y abrió los ojos todo lo que pudo.

—¡Changó! —dijo— ¡Yo soy Changó! Acompañeme. Vamos a mi gabinete parafisioquímico.

La clienta le siguió por el pasillo hasta la habitación de Miguel Ángel. En el centro había una mesa con un tapete rojo. En él, un mazo de cartas de tarot. En la pared, un póster de Sabrina y otro de Marta Sánchez junto a la Virgen de los Desamparados.

—Siéntese —dijo Alberto.

La mujer obedeció. Se frotó las manos con nerviosismo. Resopló.

—Es que es mi primera vez —dijo sonrojándose.

“Pues ya somos dos”, pensó él.

Alberto cogió la baraja y empezó a repartir cartas. Tres para ella y tres para él. El resto lo puso en medio.

—Dis... disculpe —dijo la mujer carraspeando—. ¿Vamos a jugar al mus?

—¿Cómo?

—Las cartas. ¿Por qué me las reparte a mí?

—¡Ah! ¡Disculpe! —dijo él enrojeciendo— Es una técnica de adivinación experimental... de los soviéticos. La usaba la KGB.

—Pues no les fue muy bien —dijo ella—. En realidad yo preferiría el tarot tradicional. Me llamará anticuada, pero una es así.

—Como usted diga. El cliente siempre tiene la razón.

Recogió los naipes y los barajó de nuevo.

—¿Por qué le tiemblan tanto las manos? —preguntó la mujer.

—Por... por la energía cósmica.

Alberto dejó boca arriba varias cartas, igual que había visto hacer a los adivinos de cierta tele comarcal.

—Usted está preocupada por... —puso el dedo sobre una figura con un tipo boca abajo— por el dinero.

—¡Sí! ¡Exacto! —respondió ella— ¿Cómo lo ha sabido?

Alberto lanzó un suspiro de alivio. Prosiguió:

—Y está preocupada... por sus hijos.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Mi hija! ¡Lo que quiero saber es dónde está mi hija!

—¿Su hija?

—Ya sabe. La de dieciséis años que se fue de casa hace un mes. No me quiere decir dónde está.

—Ah, sí, sí. Aquí lo veo —dijo señalando una carta al azar.

—¡Pero esa carta es La Muerte! —exclamó la mujer espantada y llevándose las manos a la cabeza.

—¡No! Si el esqueleto sale al revés es todo lo contrario. Significa vida y esperanza.

—¡Pero ahí no está al revés! ¡Es la muerte monda y lironda!

—¡No! ¡Me refiero a su revés! ¡No al mío! Déjeme concentrarme. Ya sé. Su hija está en una casa.

—¡Sí! ¡Sí!

—Y esa casa tiene... ¡techo!

—Eso también lo sé. ¿Pero cuándo volverá?

—Volverá. Pero dentro de un tiempo, porque... está en Francia trabajando en una fábrica de palés.

—¡Pero qué dice! ¡Mi hija está en Lavapiés viviendo con unos *hippies* sinvergüenzas que ni trabajan ni nada! ¡Que llevan el pelo verde y todo! ¡Y tienen un perro!

—¿Pues si ya lo sabe para qué me lo pregunta, señora?

En ese momento se abrió la puerta y apareció Amelia. Al descubrir a Alberto, su rostro se agrió:

—¿Qué haces todavía aquí?

Él se levantó y casi vuelca la mesa.

—¡Te dije que te largaras de mi casa! ¡Gorrón! —gritó la joven— ¡Y no sólo no te vas sino que encima te traes a tus amiguitas para jugar a las cartas!

La mujer miraba a una y otro aterrorizada.

—¡Amelia! —dijo él— ¡Por favor! ¡Cállate! ¡Estás metiendo la pata!

—¿Qué?

—¡Yo soy Changó!

—¡Tú no eres Changó! —gritó ella— ¡Changó está en el juzgado!

La cogió por las muñecas y la sacó de la habitación. Asomó la cabeza y le dijo a la clienta:

—Espere un minuto, señora. Es mi médium que está poseída fuera del horario laboral. Ahora lo soluciono y vuelvo.

Cerró la puerta. En el pasillo Amelia le miraba furiosa.

—Escucha —dijo él tratando de no levantar la voz—. Me habría marchado. ¡Te lo juro! Pero Miguel Ángel me ha pedido que atendiera a esta mujer. Y yo...

Se escuchó entonces una guitarra destemplada y la voz de Ana Teresa, que parecía ascender del Abismo. La mujer salió del *gabinete* gritando aterrorizada:

—¡En esta casa hay almas en pena!

Buscaba con ojos desencajados el origen de aquellos aullidos. Apuntando a Alberto con el índice, exclamó:

—¡Usted! ¡Usted es un estafador y sinvergüenza! ¡Se aprovecha de la gente sencilla y confiada como yo! ¡Mucha cara tiene colgándose ese rosario! ¡Y no quiero ni saber lo que le habrá hecho a esta médium! ¡Está claro que la pobre no tiene ni seguro! ¡Y esos... esos *gritos* que se escuchan! —prosiguió santiguándose mientras Ana Teresa bramaba más y más— ¡La Virgen sabrá qué es *eso*!

Y sin decir más salió del piso agarrando el bolso, no se lo fueran a robar.

Alberto se dejó caer temblando en la primera silla que encontró. Descubrió entonces que Amelia se estaba descojonando. Él encontró esa risa diamantina como los amaneceres de los enamorados. Así que también rió mientras ella le dedicaba miradas luminosas. Qué hermosa estaba. A su rostro le había llegado una extemporánea primavera. Alberto se sentía creador, cómplice y protagonista de esa dicha repentina. Así que, como aquel rostro de mujer parecía feliz, su alma también lo fue.

Consejos de Miguel Ángel

Miguel Ángel volvió una hora más tarde. Amelia le contó lo que había pasado. Alberto agachaba la cabeza abochornado. Ana Teresa seguía componiendo en voz alta.

No se lo tomó a mal el adivino. Al contrario, se rió mucho y prometió invitarle a una cerveza.

—Salgamos a la calle, Alberto —dijo—. Hablemos.

Así lo hicieron. El mediodía era soleado y apetecía pasear, así que se olvidaron de esa cerveza.

—¿Qué hiciste anoche, Alberto? No escuché que follarais.

—Se lo dije.

—¿El qué?

—Que la quiero. Que he venido desde Valencia sólo por ella. Que lo he dejado todo por su amor.

—¡Pero tú no estás sano, hombre! ¡No sabes lo que has hecho!

—Sí. Conseguir que me eche del piso.

—Eso ya lo veremos.

—¿No me echará? —preguntó Alberto esperanzado.

—Me juego lo que quieras a que no.

—¿Y eso por qué?

Miguel Ángel movió las manos sin encontrar la manera de decírselo.

—Porque le gusta tener a alguien que le vaya detrás —dijo finalmente—. Ya te expliqué que ella no es buena. Vale. No es que sea mala ni buena realmente. Lo que sucede es que todo se la sopla. El bien, el mal... el único bien que conoce es el suyo propio. Es una Piscis. Y yo de eso entiendo un rato, que para algo soy gastrólogo. Para ella nada ni nadie es importante. Pasa indiferente por la vida. No le importa arruinarte la existencia entera si con eso se divierte un rato. No comprende que las cosas que hace tienen consecuencias sobre los demás. Pasa de ella, tío. En serio. Es un consejo de conocido.

—Para ti es muy fácil —dijo Alberto—. Follas con ella cuando quieres. Pero tú no la conoces realmente. No has visto sus ojos melancólicos cuando no se siente observada. Entonces es una niña desamparada. Y cuando ríe. Este sol que nos regala su luz es menos alegre y luminoso que ella cuando ríe. Me dan ganas de bailar cuando ella ríe. Sólo hay que saber sacarle todo esa magia que esconde. Comprenderla.

Miguel Ángel cogió la única flor que se abría en un jazmín.

—Qué cosa más rara —dijo—. Un jazmín floreciendo en invierno. Por cierto —sopló la flor. Ésta voló de la palma de su mano a la acera—, no era una clienta nueva. Era una amiga mía. Ha sido una broma.

—Ca... cabrón.

Compras

En efecto, Amelia no le echó. Al contrario, Alberto se incorporó ese mismo día al ritmo de la casa: lavó y tendió su ropa y entró en el reparto de los gastos de la compra. Miraba a la chica de sus sueños con insistencia. Ella ni siquiera parecía recordar su cabreo del día anterior.

Eran las de él miradas suplicantes. La espiaba a la caza de cualquier amago de dulzura. Se decía: “Nadie la habrá hablado hasta ahora como lo hice yo en la azotea. Me rechazó porque la asusté. A lo mejor me pasé de directo. Pero poco a poco se está dando cuenta de que me quiere. Seguro”.

Lo que sucedía, sin embargo, era todo lo contrario: Amelia sonreía más de lo acostumbrado a Miguel Ángel. Éste no se daba cuenta. Estaba demasiado concentrado en insultar a Ana Teresa:

—¡De veras que eres una vieja alimaña! ¡Deja de *tocar* la guitarra de una puta vez! ¡Vas a conseguir que los espíritus me retiren sus poderes! ¡Les estás estresando!

—¿Qué sabrás tu de estrés? ¡Si no has trabajado en tu vida! ¡Sinvergüenza! ¡El gobierno tendría que exterminar a los parásitos como tú!

—¡Urraca! ¿Por qué no te vas a cantar al metro? Con un poco de suerte alguien te partirá las piernas. Seguro que te quedarán más bonitas de como las tienes ahora.

—¡Un día te saco los ojos!

—¡Mejor que sean los oídos! ¡Así no tendré que escucharte cantar nunca más!

A eso de las cuatro, Amelia le dijo a Alberto:

—¿Me acompañas de compras?

A él se le hizo la luz en el alma.

—Bien —dijo.

—Pues nos vamos a eso de las seis.

Se metió en su habitación. Él se extasió en la contemplación de la línea divina de aquella espalda. Iba mal vestida. De ir por casa. Con un pantalón de chándal y un estropeado suéter decolorado con lejía. Y qué. Qué más daba el pelo enredado y sucio si lo maquillaban los ojos tramposos que da el amor.

A las seis cogieron el metro. Bajaron en el centro. Amelia, quizá iluminada por el dinero que iba a gastar, llegaba incluso a sonreír. Entraron en un Corte Inglés. La chica le llevo directamente a la sección de lencería:

—¿Te gusta? —dijo jugueteando con un conjunto de bragas y sujetador a cuadros blancos y rojos.

Alberto disimuló su turbación ante las ensoñaciones que le producían aquellas prendas de moda íntima:

—S...sí —fue lo más ingenioso que supo decir.

Se deshacía por dentro. Había mucha feminidad en el flirteo de Amelia y a él se le estaba llenando la cabeza de recuerdos de una noche en la playa. Una noche de asiento trasero, multiplicada hasta el infinito, que ahora marcaba el compás de su vida.

—¿Me lo pruebo? —dijo ella

—No dejan —dijo él.

—Ya lo sé. Era para ver qué cara ponías. ¡Je! ¡Je-je!

Así le tuvo un rato, encendiéndole con provocaciones. Él convencido estaba ya de que esa noche no dormía solo. Todavía le aterraba el espantoso recuerdo de Ana Teresa chupándose.

Pasaron a la planta de moda joven. Amelia correteó, más simpática que nunca, hacia unos jerséis medio *grunge*.

—¡Mira! —exclamó poniéndose uno delante— Mola, ¿no?

—¿Eso? Pero vale cuarenta y nueve coma noventa y nueve euros y está descolorido. ¿Para qué venden la ropa ya vieja? Y el color...

—¿Qué le pasa al color?

—Parece el pellejo de un gato atropellado. Y no queda muy reivindicativo comprar en el Corte Inglés.

—¿Reivindicativo? ¿Qué dices?

—Creí que tú y tus amigos expresabais un modo de vida a través de vuestra ropa.

—Pues no. Yo no. Yo reivindico vestir como me da la gana.

—Ah.

La joven iba sobradísima de encanto esa tarde. Y Alberto no olvidaba la promesa que ella, sin palabras, le había hecho jugueteando con la ropa interior.

—¿Seguro que te gusta ese jersey? —preguntó él con dulzura.

—Sí —y su sonrisa consiguió ser la de una niña por un momento.

Él no resistió:

—Te lo regalo.

—¿Cómo?

—Que te compro el jersey.

—Pero... ¿y la falda?

—¿Cuál te gusta?

—Mmm. No sé —dijo poniéndose el dedo en la boca—. Vamos a verlo.

Le cogió de la mano y le arrastró hasta donde las faldas.

Ya era de noche cuando volvieron al piso del rastro. Él cargaba todas las bolsas de la compra: el jersey, la falda, unas medias de colores, unos calcetines rojos con la cara del Che Guevara, unos zapatos de hebilla negros muy *poppies* y un collar de los *hippies*. Todo a cuenta de Alberto.

Cenaron con Miguel Ángel y Ana Teresa, que seguían diciéndose salvajadas el uno a la otra. Alberto le mandaba sonrisas y miradas cómplices a Amelia. No tuvo claro si ella le respondía o no porque la chica muy expresiva no era. Dado el panorama, se conformó con imaginar que algo había. Era evidente, después de las picardías que ella le había regalado en El Corte Inglés. Esa noche no dormía solo. Seguro.

Pero se hizo la hora de irse a la cama. Y Alberto se acostó en el sofá. Y el tiempo pasó y nadie se acercó en la oscuridad. Él, ansioso, escrutaba las sombras. Si le entraba el sueño, se pellizcaba para mantenerse despierto. Pero nadie llegaba. Los momentos de esperanza enloquecida abrían el paso a otros de tristeza infinita. Lo mismo se decía: “Claro que vendrá. Es evidente”, que: “¿Por qué me he hecho ilusiones? Un ingenuo es lo que soy”.

Ya se estaba durmiendo cuando por fin hubo pasos en la oscuridad.

—¿Amelia? —preguntó.

—Qué manía de confundirme con Amelia —dijo Ana Teresa.

—¡No, por favor! ¡Piedad!

—¿No qué?

—¡Te lo suplico! ¡Lo del otro día no!

—¡Ah, canalla! Te arrepientes de haberte liado conmigo. Pues que sepas que sólo fuiste un rollo de una noche.

—¡Deja de hablar como si fueras una adolescente!

—Prefieres a Amelia antes que a mí. ¿Qué tiene ella que no tenga yo?
—Ahora no tengo tiempo para hacerte una lista.
—¡Ella es el Diablo!
—No es el Diablo. No la conocéis.
—¡Hola! ¿No es el Diablo? ¿Quién ha pagado toda esa ropa? ¿No se ha olvidado de hacerte cariños en cuanto has firmado el ticket?
—No. Ha sido más delicada. Se ha esperado hasta llegar a casa para pasar de mí.
—Eres buen chico, pero eres un poco imbécil.
—Mira quién habla. Boba Dylan.
Ana Teresa no respondió. Su cuerpo tembló levemente. Estaba llorando. Gruesos lagrimones resbalaban por sus mejillas cuarteadas.
—¿Qué pasa? —dijo Alberto— Oye, lo siento. No quería ofenderte.
—No. No has sido tú. Eres la única persona de esta casa con la que se puede hablar. Vamos a mi habitación, por favor.
La miró horrorizado.
—Tranquilo —dijo ella—. No se trata de sexo. Ya te he dicho que sólo fuiste un rollete de una noche.
—¡Deja de decir eso! ¡Por el amor de Dios!
El caso es que Alberto la acompañó a su minúsculo dormitorio. Un cuchitril. El colchón descansaba en el suelo. La guitarra se apoyaba contra la pared. Más allá de eso, sólo había un escritorio enano del Ikea, una silla y una papelera hasta arriba de papeles y latas de cerveza. La habitación no daba para más.
En la mesa se acumulaban hojas garabateadas con versos y acordes. Un cenicero se desbordaba de ducados.
—Mira esto —dijo la cantautora señalando sus composiciones.
Alberto ojeó los garabatos. Había muchísimos y no se entendía nada. Sólo un flexo cansado iluminaba el dormitorio.
—Deja que te toque lo que he compuesto esta noche —dijo ella cogiendo la guitarra.
Y empezó a cantar en voz baja con tan poca fortuna como siempre. El joven bajó los ojos con pesar, porque no había consuelo posible ni justificación para aquellas canciones, hechas con amor y esfuerzo, pero sin el menor talento. Y la voz no ayudaba, pero nada.
Ana Teresa terminó de tocar. Él no supo qué decir. Ella sí:
—Es una mierda. No lo niegues.
—No lo niego. Has usado la palabra exacta e incluso te has quedado corta.
La artista rompió a llorar. Bien se veía que había estado bebiendo.
—Bueno —dijo—. Por lo menos lo de que son una mierda lo dices con cariño. Mira. En esta carpeta guardo todo lo que escribo.
Podía haber como cien canciones ahí metidas.
—Uau —dijo él—. Te has tomado un montón de trabajo.
—No hago otra cosa en todo el día. Practico para cantar mejor. Compongo sin parar. Pero no sirve de nada. Soy mala sin remisión. Miguel Ángel, ese chapero salvaje, tiene razón cuando dice que mis cuerdas vocales servirían para maniatar gorilas.
Se puso a llorar con delicadeza infantil. Eran unas lágrimas venidas de lo más hondo de su quebrado espíritu.
—¿Crees que debería dejarlo? —preguntó.
—Nadie tiene derecho a decirle algo así a nadie —dijo él—. Los sueños de uno son algo demasiado personal.

—¿Y qué harías tú en mi sitio?

“Prenderme fuego”, pensó Alberto.

No respondió eso, sino:

—Pegarme un tir... un último batacazo. Bien pensado, no has salido de esta casa. No te has hecho ver ni escuchar por ahí. Nadie sabe que existes. No sabes si a la gente le gustan tus canciones.

Pero ella desplomó la cabeza desanimada:

—Miguel Ángel dice que, si la gente me escuchase cantar, los partidos políticos propondrían en sus programas electorales mi exterminio.

Pero Alberto acababa de tener una idea. Y esa idea le hizo sonreír. El problema era que iba a necesitar la ayuda de la persona menos dispuesta a ello.

El mito

—¿Me estás pidiendo que ayude a esa puta paleolítica?

—Venga, Miguel Ángel. Ganas mucho y no pierdes nada.

—¿Que gano mucho? ¡Ya me dirás tu qué! ¡Ana Teresa nació acabada y acabada morirá! ¡Cuánto antes mejor! ¡Nadie puede hacer nada por ella!

Alberto y Miguel Ángel paseaban por el rastro bajo un sol casi primaveral.

—Reconozco que la idea es buena —añadió el adivino—. Es divertida. Es fresca. Atrevida. Ingeniosa. Justamente todo lo que esa traperera, esa momia cutre, no es.

—¡Eh! ¡Nos reiremos! ¡Será divertido!

Al final Miguel Ángel se dejó convencer.

Esa tarde los dos se presentaron en un añejo garito de Malasaña en cuyo sótano se solían montar conciertos. Estaba todavía vacío. Las sillas sobre las mesas. Preguntaron por el dueño y apareció un hombretón desaliñado de barba frondosa y negra. Era casi tan enorme como Miguel Ángel:

—Qué hay —les saludó—. En qué se os puede ayudar.

—Hola —dijo Alberto—. Venimos a decirle que hoy es su día de suerte.

—¿Mi día de suerte? —respondió el sujeto— Esta mañana me han robado el coche y mi ex mujer, de la que sigo enamorado, acaba de llamar a cobro revertido para decirme que se casa con un cubano al que di trabajo y techo cuando vino a España sin nada. Además he vuelto a beber después de seis años y a fumar después de cuatro. ¿Queréis un cigarro?

—No, gracias —dijo Alberto—. Pero nosotros decíamos lo de la suerte por... Ana Teresa.

—¿Ana Teresa? —dijo el propietario— ¿Quién es? No pienso reconocer otra hija. Las dos que tengo en Lituania y Panamá ya me chupan más de medio sueldo.

—Oiga, disculpe —dijo Miguel Ángel—. No me puedo creer que alguien con tanta mili como usted no conozca a Ana Teresa. ¡Ana Teresa, la cantautora maldita del tardofranquismo!

—Pues no me suena ni un poco, no.

—Tal vez —dijo Alberto— la conozca por canciones como *Le conocí en una comida de exequias*.

—Ni idea.

—Entonces —dijo Miguel Ángel— igual le suena su himno *Por ahí no se hacen los hijos*.

—Para nada.

—¿En serio? —dijo Alberto— Pues ese tema fue pionero en el mestizaje de... fox trot con la música egipcia.

—Creó corriente —dijo Miguel Ángel.

El dueño se rascó la cabeza desconcertado, casi avergonzado:

—Pues no sé quién es. Qué mal.

Alberto se lanzó a por el segundo asalto:

—Pues esta artista, de la cual somos portavoces oficiales en Europa, ha decidido volver a los escenarios después de treinta años de retiro. ¿Me está diciendo que Madrid no sabrá recibirla como merece?

—¿Pero ella dónde está? —preguntó el individuo.

—Está viniendo ahora mismo de París —respondió Alberto—. Vive en el barrio latino... en una buhardilla.

—Es que se exilió cuando Franco todavía vivía —dijo Miguel Ángel—. Y sus amigos, que son muy cabrones, no le han dicho hasta ahora que ya murió.

Aquel tipo asintió interesado.

—¡Qué curiosa historia la suya! —dijo Alberto oliendo el triunfo— ¿Verdad, Miguel Ángel?

El otro *portavoz oficial* asintió.

—¿Cómo es esa historia? —preguntó el dueño.

—Ana Teresa comenzó a cantar a los 15 años —dijo Alberto—. Todos se maravillaban de su desgarrada voz. Era una Janis Joplin cañí. Una Leonard Cohen de La Mancha.

—Créame, dueño del bar —dijo Miguel Ángel—. Jamás ha escuchado una voz igual. Eso se lo garantizo. Y nunca la olvidará. No habrá psicólogo que lo consiga.

—Ana Teresa no quiso grabar discos —dijo Alberto—. Era tan purista que pensaba que su mensaje sólo podía transmitirse al espectador teniéndole delante. En directo. Pero esa fue su desgracia. Porque, mientras otros se hicieron famosos, ella se quedó abajo. Y se quedó abajo porque quiso, oye. Se retiró con sólo veinte años. Pero quedó el mito.

Luis Antonio les escuchaba con la mano en la barbilla:

—¿Y esta señora ha decidido volver a la música en mi local? —preguntó radiante.

—Así es —dijo Miguel Ángel con una sonrisa irreprochable.

—¡Joder! —exclamó el propietario— Pues es cuestión de anunciarlo. ¿Cuándo quiere cantar?

—El sábado —dijo Alberto.

—Vale —el dueño se rascó la barba—. Tenía programado a Javier Krahe, pero le pondré para la otra semana. Él lo entenderá. Voy a correr la voz. ¡Hacía siglos que no pasaba nada así en el barrio!

Una vez en casa, cuando se les pasó la risa, Alberto y Miguel Ángel se encerraron con el ordenador para diseñar el cartel. Le robaron una foto a Ana Teresa y la escanearon. La imagen era hasta resultona. En un durísimo blanco y negro. Ella aparecía borracha en alguna fiesta olvidada con un ducados en la boca. Una instantánea más que apropiada para una artista maldita. La farra podía pasar perfectamente por una fiesta *cool* londinense, aunque en realidad se tratara de un pisete en Almansa.

La cosa quedó de lo más apañada. Habían escrito ANA TERESA en letras grandes y sin remate. Junto a la foto se leía: *La poetisa de la marginación rompe su silencio de treinta años.*

Hicieron decenas y decenas de copias. Pasaron el día siguiente pegándolas por medio Madrid. El Retiro, la Gran Vía, Malasaña, Lavapiés... pocas paredes se libraron de jeto de Ana Teresa. Pero faltaba lo más importante: la artista.

Al día siguiente Ana Teresa estaba componiendo cuando Miguel Ángel y Alberto se presentaron en su habitación.

—Qué queréis —dijo ella—. Todavía no tengo vuestro dinero. Pero os prometo que la semana que viene...

Alberto le puso el cartel delante de los morros. Ella casi lo quema con el ducados que le colgaba de la boca.

—¿Qué es esto? —dijo la artista— ¿Más cachondeo? ¡Me tenéis hasta la boina!

—No es ninguna coña —dijo Alberto—. Es el anuncio de tu próximo concierto.

—Hay sesenta y nueve carteles como este colgados por todo Madrid —dijo Miguel Ángel—. Este es el setenta. Lo que hemos gastado en celo.

—De qué va esto —graznó ella—. ¿Es hoy el día de los inocentes según el calendario de la Iglesia Ortodoxa?

—Ni idea —dijo Alberto—. Pero esto no es ninguna coña. Ayer hablamos con el dueño del bar y está loco porque toques este sábado.

—¿En este bar? —preguntó ella señalando la fotocopia— ¿Y este sábado?

—Sal a la calle —dijo Miguel Ángel—. Verás los carteles. Los hemos pegado por todo Madrid.

—¡Qué dices!

La cantautora se asomó al balcón y vio, en efecto, las paredes adornadas con el anuncio de su concierto.

A los pocos minutos comenzaron a telefonarla amigos y acreedores que habían visto el cartel por la calle. No sabía qué responderles. Tuvo que rendirse a la evidencia. Se dejó caer en una silla.

—¡Pero no tengo tiempo! —balbuceó sirviéndose un whisky y encendiéndose un cigarro— ¡Es sólo una semana!

—Se supone que llegas hoy de París —dijo Alberto.

—¡De París! —gritó ella— ¡Pero si no sé francés! ¿Quién se va a creer que vengo de París? Bueno. Tengo una gorra de Eurodisney que me trajo mi ex cuñado. Lo mismo si me la pongo...

—Además, la gorra es tu especialidad —dijo Miguel Ángel.

—Tienes tiempo de sobra para prepararte—dijo Alberto.

—Eso es —dijo el adivino—. Tú tranquila. Lo máximo que puede pasar es que refunden la Inquisición después de escucharte.

Ana Teresa apuró el copazo y se fue corriendo a por el resto de la botella.

Al final se hizo a la idea de que tenía que cantar. Se pasaba más horas que nunca perfeccionando lo imperfectible. Hasta hacía gárgaras. Pero luego se fumaba treinta cigarros y se bebía cuatro colodrios de whisky. Lo mismo estaba hecha un brazo de mar que se ponía a llorar como una histérica.

Hasta Amelia colaboró en la promoción haciendo correr entre sus amigos, ya fueran *gafapastas* o porreros con truños, el rumor de que Joaquín Sabina iba a pasarse por el concierto de su admirada Ana Teresa. Eso hizo casi tanto como los carteles.

En las madrigueras más oscuras, la joven *intelectualidad alternativa* se sintió de inmediato cautivada por aquella misteriosa cantante de la que jamás habían oído hablar. Los intelectuales del porro, los que leen a Nietzsche y los que roban ruedas de bicicleta la adoptaron inmediatamente. En los foros más rojos de toda Internet la noticia del *regreso* de Ana Teresa corrió como la pólvora. Incluso un suplemento de música del diario El Mundo le dedicó unas líneas, sin firma. El periodista no se fiaba.

Si en esos días el Che Guevara hubiera resucitado en medio de la Gran Vía, nadie le hubiera hecho ni caso. Esa semana la gloria le correspondía en exclusiva a la Janis Joplin de Alcaraz.

Y llegó el sábado. El sótano del bar estaba que petaba de gente. Hacía un calor que para qué. Una espesa nube de humo flotaba sobre las cabezas melenudas, rapadas o teñidas. Muchos se liaban canutos de la mejor prensa mora para suavizar la espera. Era un público exclusivamente universitario. El más elitista, atento a las nuevas tendencias y contracultural de España.

Ana Teresa no llegó en un charter de París, sino que ticó en el bus con Alberto, Miguel Ángel y Amelia. Iba blanca. Embalsamada en whisky. Tuvieron que llevarla del brazo como si fuera un ex presidente ruso. El miedo le impedía a la cantautora enfocar la mirada o cerrar la boca. Amelia le había dejado unas ropas viejas, desaliñadas en extremo, para completar el cuadro de la artista maldita. Lo cierto es que, quien no la conociera, podía ver en aquella mujer con una piscina de alcohol por estómago a la anunciada poetisa del abismo.

La bajaron del autobús. Tuvieron que llevar la guitarra sin funda porque la había vendido el mes anterior.

En la puerta del local se apelotonaban veinte chavales decepcionadísimos porque no habían encontrado sitio. Al reconocer a Ana Teresa, prorrumpieron en exclamaciones de admiración:

—¡Viene con la guitarra sin funda!

—¡Y en autobús! ¡Qué urbana!

Durante meses muchos jóvenes músicos acudieron a sus propios ensayos y conciertillos con las guitarras sin funda. Y en autobús. Qué urbanos.

Pero la *estrella* del show estaba paralizada como una coneja en mitad de la carretera. Alberto y Amelia la sostenían del brazo y se abrían paso a través de la multitud. Miguel Ángel repartía tarjetas de su gabinete parapsicológico. En ellas se leía: *Ángel Changó. Recomendado por Ana Teresa.* Algunas voces susurraban:

—¿Has visto a Sabina? Decían que iba a venir.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Está ahí! —exclamaba alguien señalando a un tipo flaco.

Pero el tipo flaco no era más que un pobre hombre con bigote que no había podido conseguir sitio en el sótano más lleno de todo Madrid.

La multitud se abría ante Ana Teresa como las aguas del Mar Rojo ante Moisés. Ella les miraba a todos temblando, casi sin tenerse en pie. En la escalera del sótano se hacinaban sentadas parejas guapas de lo más *alternativas*. A una chavala se le puso la carne de gallina cuando la cantautora la rozó con su falda.

Ana Teresa subió tambaleando al escenario. Era la primera vez que lo hacía en su vida. El silencio era absoluto. Los espectadores se apretaban ansiosos. Estaban allí incluso la ex mujer del dueño y el cubano con el que se había prometido. Un único y agresivo foco encerraba a la artista en un círculo de luz amarilla. Amelia, Miguel Ángel y Alberto se sentaron al fondo. Era verdad que la iluminación confería a la Ana Teresa un algo especial, quizás el efluvio arbitrario del éxito, que tan atractivos hace a quienes lo poseen, siquiera fugazmente.

Abrió su libreta de canciones y la puso en el atril. Se palpó los bolsillos.

—Se me ha olvidado la púa en casa —dijo.

De inmediato tres chicos le ofrecieron las que ellos mismos llevaban encima. Cogió una verde. Carraspeó. Agitó los dedos. Rasgó la guitarra. Las seis cuerdas gruñeron con un recio *Mi menor*. De mediar otras circunstancias, todos habrían calificado aquel ritmo de aburridísimo y tonto. Pero la palabra que alguno utilizó para definirlo fue *desnudo*.

Ana Teresa quería empezar con fuerza. Con poderío. Con un chorro de voz de los que hacen época. Llevaba toda la semana ensayándolo. Pero, en vez del pretendido chorro, lo que le salió fue un alarido que hubiera asustado a Freddy Krueger. Un prolongado “Aaaaaaamor”.

Pues eso, esa expresión de gran simio viviseccionado, arrancó los primeros aplausos. Las carnes se pusieron de gallina.

Así comenzó Ana Teresa a repasar su repertorio. Sus canciones eran lloradas y aplaudidas furiosamente.

—Jamás había escuchado nada tan iconoclasta —decía uno.

—Qué manera de romper las normas —decía otra—. Es que no deja ni una sana.

—¿Ese de ahí es Sabina, *míamol?* —decía el cubano.

Ana Teresa bebía. Encendía un ducados con la colilla del anterior. Miraba al público y cantaba con su rostro inexpresivo. Pálido. Fantasmal. Envuelta en oscuridad y humo.

Alberto espía las caras de la gente. Algunas estaban extasiadas. Otras en puro trance. Miró entonces a Amelia. Y ella le devolvió buenos ojos. En cierto momento, la chica le rozó la mano con un dedo. A la primera pareció algo hecho sin querer. Pero a la segunda la caricia se prolongó. El muchacho apenas pudo contener un temblor cuando ese dedo rebelde jugueteó con su mano por tercera vez. Y aún menos cuando la calidez de la palma femenina rodeó sus nudillos. Y los dedos se enlazaron. Y Amelia apoyó la cabeza sobre su hombro. Y él aventuró un beso en su sien.

Quién le hubiera dicho que algo así iba a suceder viendo a Ana Teresa en concierto.

En el escenario, la cantautora se iba creciendo. Cuando sólo llevaba veinticinco minutos dale que te pego, saltó del escenario y se metió entre los espectadores.

—¿Adónde vas? —le preguntaron.

—¡A la calle! —respondió— También allí hay gente que quiere escucharme.

Y ese gesto despertó coros polifónicos de admiración.

Subió las escaleras y se plantó en la acera. Se apoyó en un coche y siguió cantando. Los que se habían quedado fuera aplaudieron casi hasta el desvarío la aparición de la diosa. Todavía se escuchaba algún:

—¿Ese de allí es Sabina?

Así terminó Ana Teresa su actuación. Hasta un coche de la Policía Local paró por allí para ver qué pasaba al ver tanto lío, mientras los vecinos salían a los balcones.

La artista se marchó en el último autobús, igual que un fantasma, sin apenas haber dicho nada. Sin más. Se esfumó ante la estupefacta concurrencia, que la recordaría pasa siempre como un fogonazo de genialidad que apareció de la nada para regresar a ella. Eso sí, antes de irse sin esperar a escuchar aplausos, se volvió y sonrió a Alberto y Miguel Ángel. Pocas veces se ha visto una sonrisa tan feliz.

—Espero que no se le ocurra dedicarnos una canción —dijo el de las rastas—. ¿Cómo les explicaría eso yo a mis padres?

—¿Nos vamos para casa? —preguntó Miguel Ángel. El revuelo del concierto ya había pasado y el bar había vuelto a su ritmillo de siempre.

Amelia y Alberto le miraron de una manera que al principio no entendió. El curandero reparó entonces en que se habían cogido de la mano. Se hizo cargo. Esbozó una sonrisa amarga y se largó.

Se quedaron solos. Se apretaron en un rincón de la barra y se pidieron dos birras. A Alberto se le iba el alma por los ojos y la espuma de la cerveza por la barbilla. Ella no se fue con rodeos cuando puso sus dedos en los labios del chico y los retorció. La sensación fue dolorosa porque apretaba fuerte, pero él la acató dócil.

¿De veras eso estaba sucediendo?

Ella acercó la boca. Se besaron. Alberto cerró los ojos. Sintió clarividente el sabor de la cocaína que caía por el paladar de Amelia. El universo se había convertido en una sombra infinita con un único punto firme: los besos.

De repente ella se separó. Él se agitó como recién despertado de un sueño milenario.

—Cómeme el cuello —dijo la joven echando hacia atrás la cabeza.

Aquello terminó como toca:

Sacaron condones de la máquina que había en el baño del bar. Volvieron al piso y en la habitación de Amelia se desfogaron haciendo el ruido justo. Sólo a ella se le escapó al final un pequeño gritito. Tras la fricción de ingles el silencio regresó a la casa. Se colaba por la ventana la luz pálida, eléctrica del patio de luces. Los dos cuerpos se quedaron desnudos, pegados, en el pequeño colchón.

Él hervía de amor. La observó muy de cerca. Se dejó acariciar por su aliento. Pero de nuevo, igual que en cierta noche de playa y asiento trasero, no vio dulzura en ella. No la había. Ni amor tampoco. Es más, en pocos segundos la chica dormía.

Alberto tenía el vientre saciado. Pero qué más daba si el alma inconsolable le pedía a gritos algo que no iba a obtener. Estuvo maravillándose durante horas con la desnudez de marfil de Amelia, envuelta en el pálido reflejo de las bombillas del patio de luces. Sus ojos recorrían aquel cuerpo dormido, sin máscaras, sin voluntad. Los pechos que no llegó a ver cuando follaron en su coche. Normales, hermosos. La curva que iba del vientre al ombligo. El sucinto vello que se refugiaba en el monte de Venus. Las ingles, dos líneas combadas que confluían en el vértice oscuro del universo. La tersa piel. Joven. Los muslos, no bien depilados. Las rodillas torneadas y juntas, como protegiéndose de algo. Los tobillos, deseables como dulces tras un día amargo. El empeine, cada uno de los cinco dedos de cada pie. Todo en ella equivalía a un deseo a ojos de Alberto. No podía existir en el universo nada más deseable que aquella arquitectura de carne y huesos. Y la miraba desesperado porque sabía que ya no la podía tocar. Habían follado y basta. No quiso engañarse: ella no le quería ni un poco.

Esa noche estuvo sobrevolando mucho tiempo con sus manos los rincones más recónditos de la chica sin atreverse a tocarlos. Paseaba sus dedos a apenas un milímetro de la carne, y no se decidía a acariciarla. Se desesperó por tener lo que él consideraba la plenitud tan ilusoriamente cerca. Tenía a Amelia. Lo había conseguido. Pero no la tenía. ¿Qué absurda zona fantasma era aquella? Qué odiosa y anhelada tierra de nadie entre la carne y el alma.

Se sintió un mendigo, un pedigüeño de sonrisas, un perro en busca de amor, a las órdenes de un alma sin norte ni claridad. Y todo por esos dos órganos sexuales, distintos, incompletos el uno sin el otro, que el chico y la chica guardaban entre sus respectivas piernas.



“Se esfumó ante la estupefacta concurrencia, que la recordaría pasa siempre como un fogonazo de genialidad que apareció de la nada para regresar a ella”

Ana Teresa se va

En cuanto despertó a la mañana siguiente, Amelia cubrió con la manta su desnudez. La misma que había mantenido a Alberto en vela toda la noche. Qué bella estaba antes de hablar:

—Fuera.

Él obedeció sin rechistar.

En el salón se encontró con Ana Teresa y Miguel Ángel que desayunaban juntos por primera vez desde que compartían alquiler.

A los pocos minutos apareció Amelia bostezando y recogiendo el pelo desordenado y sucio en una coleta.

Le mudó el rostro a Ana Teresa. Se levantó con gesto grave.

—Aprovechando que estáis los tres aquí —dijo—, quiero daros una noticia.

—¿Qué noticia? —preguntó Alberto.

—Me voy. Me vuelvo a mi pueblo.

—¡Cómo! —exclamó Miguel Ángel haciendo saltar sus truños— ¡Estás borracha de buena mañana! ¿Cómo vas a irte ahora que empieza a cumplirse tu sueño?

—Mi sueño ya se cumplió ayer —dijo ella—. Y fue gracias a vosotros. Ya he hecho la maleta. Se acabó lo de ser cantautora. Después del concierto comprendí que la felicidad completa existe, pero sólo dura una noche. O menos. Después nos queda la alegría de haber tenido ese momento. Ayer tuve el mío, vale. Y os doy las gracias. De veras. Pero no soy ningún mito de la Transición. Y sé que debo irme de aquí.

Trataron de convencerla para que se quedara. Pero no hubo nada que hacer. La ya ex cantautora dejó en el recibidor su maleta y la guitarra sin funda.

—¿Pero dónde vas tan rápido? —preguntó Miguel Ángel.

—El autobús sale en hora y media —dijo ella.

El adivino se alzó de hombros con tristeza.

—Ha sido tan de repente —dijo apenado—. Justo ahora que empezaba a no desearte una muerte lenta y que me conformaba con una rápida.

Ana Teresa le abrazó.

—¡Suéltame! —gritó él— ¡Voy a oler a tabaco de abuelo durante tres reencarnaciones!

Pero terminó por ablandarse y responder al abrazo.

Después le llegó el turno a Alberto. La manchega le regaló una fea, pero tierna sonrisa y le dijo al oído:

—Siento haberte dado sólo sexo, *honey*. No pretendía que te sintieses usado. Lo superarás.

—No creo —dijo él conteniendo los escalofríos al recordar aquella noche.

Con Amelia se dio dos besos de compromiso y poco más. No se apreciaban.

Luego Ana Teresa se marchó para siempre. Dejó la casa con una sonrisa desde el quicio de la puerta.

El perdón no existe

—Tenemos un problema —dijo Miguel Ángel—. Ahora que somos dos, vamos a tocar a más alquiler.

—Yo no tengo un clavo —dijo Amelia.

—Ni yo —dijo el adivino—. El mes pasado un sinvergüenza se fue sin pagarme la sanación. Como encuentre su lápida se la pinto toda con pollas. Ya me he comprado el spray.

Repararon entonces en Alberto:

—Quédate a vivir aquí —le dijo Amelia—. ¿Tú qué dices, Miguel Ángel?

El canario alzó las manos desentendiéndose.

La propuesta pilló por sorpresa a Alberto. De repente se vio noche tras noche compartiendo sofá, cena y *postre* con Amelia. Viéndola cocinar. Viéndola salir de la ducha. Viéndola tender su ropa interior en el patio de luces. Ella le miraba ahora con un gesto perfecto y castaño. Con su habitual desaliño *hip*. Y pensar que esa noche habían follado. Aquel cuerpo, aquel fenómeno de carne y grasa, había estado sudando bajo él. Retorciéndose bajo él. Oliendo bajo él.

“Al fin y al cabo”, pensó, “en Valencia o en Madrid no tengo nada. Lo mismo es buscar trabajo aquí que allí. Y aquí está ella. ¡Ella!”. Pero ese pensamiento (aquí está ella) le llenaba tanto de felicidad como de la más espantosa zozobra. ¿Amelia quería que se quedara para solucionar un frío problema de pelas o porque se estaba enamorando de él?

La joven esperaba su respuesta con los puños apoyados en las caderas. Sus senos pugnaban bajo la camiseta blanca y vieja que usaba para dormir. Senos con presencia. Imperfectos. Seno que sus labios habían besado, besado y besado esa noche. Y eso se convirtió en un argumento firme para tomar su decisión:

—Me quedo —dijo.

—Gracias —respondió Amelia cogiéndole de las manos. Invirtiendo un poco de energía en sonreír.

Después se fue al baño a mear y a ducharse.

—¿No te alegras de que me quede? —le preguntó Alberto a Miguel Ángel.

—Eh. Sí, claro —respondió el canario.

—Ya lo veo.

—Vas a ser un infeliz. Y yo estaba de puta madre haciéndole de concubino a Amelia cuando le daba por ahí. Claro, ahora si nos liamos, te enfadarás.

—Ella elige. Nunca me enfadaré contigo. Es una promesa. Ella no es mi novia.

—¡Y una mierda! —dijo Miguel Ángel—. Si pasa algo entre ella y yo me odiarás. Y me caes bien. Eres buen chaval. Pero, por lo que sea, se te han cruzado los cables con una tía que no es para tanto. Harías mejor volviéndote a Valencia.

Se hizo de noche. Cenaron, vieron la televisión. Alberto no dejó de vigilar todo aquello que Amelia hacía. Su manera de coger los cubiertos, que era algo negligente. Cómo se limpiaba la boca con el dorso de la mano. Cómo metía el pie bajo el muslo cuando se sentaba en la silla.

Cada gesto de la chica le hacía perder el control. Sus bostezos, sus calcetines a rayas. Si ella se descuidaba, le miraba el cuello, transido de deseo. Si se descalzaba, atendía con frenesí a la cuesta de su empeine, a la protuberancia del

tobillo, a la redondez del talón. Tenía un pie chato, con dedos cortos y regordetes.

Era menester que Amelia fuese simpática con él aquella noche. Al fin y al cabo, Alberto acababa de asegurarles la supervivencia al acceder a quedarse en el piso.

Por eso, media hora después de que se fueran todos a la cama, se decidió a salir de su cuarto (el que unas horas antes pertenecía a Ana Teresa) y se coló en el de su enamorada. Ella dormía sin manta. Alberto, encendido tras varias horas de espera, desaforado como un sátiro, se lanzó a sus pies y los besó con devoción. Le lamió los dedos, las plantas. De repente las piernas se agitaron. Amelia se incorporó y encendió la luz:

—¿Qué haces, puerco?

—Yo...

—¡Me estabas lamiendo los pies!

—Bueno... yo... la inflación...

—¡Lárgate!

—Perdona. Entendí mal.

—¿Qué entendiste mal?

—Yo... anoche... creí que tú y yo...

—No, caballere. Lo de anoche pasó y ya está. ¿Por qué los tíos siempre creéis que si una tía se lía con vosotros ya es vuestra?

—Yo no quería decir eso. Perdona.

Alberto estaba abochornado. Amelia le humillaba a conciencia. Él pedía perdón entre balbuceos. Hasta que ella le interrumpió:

—El perdón no existe.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Que el perdón no existe —repitió—. Todos decimos que perdonamos a alguien cuando nos hace daño. ¡Todo mentira!

—No te entiendo.

—Digo que el perdón no existe. Yo puedo decir que te perdono que me hayas chupado el pie. Pero te estaría diciendo una trola. Eso del perdón es un invento para que las personas no tengamos que reconocer que damos tanto asco que no somos ni capaces de olvidar. Porque en nuestra naturaleza eso de olvidar no está. Estamos hechos para recordar lo que nos hizo daño y las personas que nos lo hicieron. Se llama instinto de supervivencia. Lo de la otra mejilla es una sucia mentira.

—¿Y... y a qué santo viene ese discurso? ¡Seguro que se lo has escuchado a alguno de tus amigos *intelecto-macarras* de mierda!

—Viene a santo de que no te perdono —dijo ella—. Pírate de mi cama. ¡No eres bienvenido a ella! ¡No me gusta la gente que va por ahí chupando pies!

Esa noche Alberto no pudo dormir. Se avergonzaba de sí mismo. Sus impulsos le habían dominado y por eso se había lanzado como un macho cabrío sobre la chica. Ella no era así. Ella necesitaba cariño, dulzura. Palabras bellas.

Por cierto que, no mucho más tarde, se escucharon pasos en el pasillo. Pasos descalzos de mujer. Dejaron atrás la puerta de Alberto y siguieron hasta el dormitorio de Miguel Ángel. Luego dos voces, una de chico, otra de chica, susurraron. Al cabo, unos muelles de somier chirriaron rítmicamente. Se escucharon un par de “Ah, ah”. Un “Qué gusto”. Un “Sáname, curandero” y dos prolongados “Uuuuuuuf”.

Y luego, los pasos de Amelia de regreso a su cuarto.



“¡No me gusta la gente que va por ahí chupando pies!”

Los dominios de Onán

Sin verlo venir, una espantosa confusión se había ido adueñando de Alberto. No sabía a quién odiaba o a quién amaba. Apreciaba a Miguel Ángel, pero lloraba de rabia cuando, algunas noches, Amelia cruzaba el pasillo en busca de su pene isleño.

Se decía: “Yo mismo le dije que no me enfadaría con él. No tengo derecho a odiarle por acostarse con ella. Pero el caso es que le odio, aunque empiezo a pensar que no quiero reconocer que odio a alguien contra quien no tengo argumentos porque...”

Y así se perdía en razonamientos y laberintos morales que no le llevaban a ningún lado. Nada tenía sentido porque sabía que sus sentimientos no eran los correctos.

¿Y Amelia? Ella sí que era malvada. O simplemente pasota, y le importaba todo una mierda. Pero, curioso, cuanto más diabólica, cuanto más hija de puta, él más la deseaba. ¿Por qué será? Alberto se montaba todas las tramoyas posibles con tal de no reconocer que estaba haciendo el capullo: unos días se obligaba a creer que Amelia era su amiga. Otros, se autoconvencía de que pasaba de ella. En ocasiones la amaba con una sinceridad, con una pureza, que no tienen permiso de residencia en este mundo. Las más de las veces la deseaba con una furia de vientre que no podía ser normal.

Siempre llegaba a la misma conclusión: aquello no era sano.

Lo comprendió el día en que se metió en el baño a olisquear unas bragas usadas y un sujetador que ella había tirado por el suelo después de ducharse. Se sintió sucio la primera vez. Pero al mismo tiempo algo en esa suciedad le gustó. Lo hizo en más ocasiones. Esperaba a que ella saliera de la ducha. Luego se encerraba en el baño y olía a placer las bragas, los sujetadores, los calcetines, el interior de las zapatillas. Y culminaba la sesión pajeándose en el váter. Taca-taca-taca.

Una tarde estaba en la terraza con Miguel Ángel fumándose un porro. Se lo contó todo. El adivino escuchó en silencio, dándole lentas chupadas al canuto. Cuando Alberto se hubo explayado, dio su veredicto:

—Ya sé lo que pasa: a ti Amelia te pone.

—¿Tú crees? Eres muy agudo.

—Sí. Ella dice que soy muy penetrante.

—Y muy hijo de puta también.

—No. En serio, Alberto. Lo peor que le puede pasar a un tío es enamorarse de su compañera de piso. Y lo peor que le puede pasar a una tía es que su compañero de piso se enamore de ella. Lo estás viendo.

—No es eso. No es eso —trató de justificarse Alberto cada vez más espantado—. Yo vine aquí en busca del amor verdadero. Y mira dónde he ido a parar: soy un triste oledor calcetines sucios.

—Para mí que te lo estás planteando mal —dijo Miguel Ángel—. Podrías ser muy feliz si quisieras. Míralo bien. Somos afortunados: tú y yo nos caemos bien y tenemos una compañera de piso muy mona que de vez en cuando se lía con nosotros. ¿Qué más se puede querer de la vida?

—¡La quiero a ella! ¿No comprendes que la amo?

Necesitaba como el aire tener cerca el cuerpo de Amelia. La acechaba, siempre respetando los límites de la urbanidad postmoderna. Forzaba encuentros y

roces. La recorría con la mirada. La rememoraba desnuda y sudada, con los cabellos castaños pegados a la frente. Y, al igual que todos los ríos terminan en el mar, él terminaba todas las tardes haciéndose pajas en el baño.

Una noche se presentó en la habitación de la chica con cualquier excusa.

—¡Uf! Qué dolor de espalda —dijo ella así porque sí.

—¿Qui... quieres que te haga un masaje? —se ofreció él olisqueando la ocasión.

—Vale.

La joven se tumbó boca abajo en el colchón. Él le masajeó los hombros y la espalda. Le trabajó los brazos, el cuello, las sienes y el territorio mítico que se esconde tras las orejas. Amelia ronroneaba como una gata.

—Sin la camiseta es mejor —propuso él.

Ella se la quitó.

Ahora los dedos de Alberto activaban la circulación de la sangre sin ropa de por medio. La piel no era suave, pero su tacto hubiera resucitado hasta el congelado cadáver de Lenin. Las manos del chico se aventuraron hasta lo que viene siendo el culo. Aplastó sus palmas contra las dos nalgas esféricas, divinamente puestas.

—Sin los pantalones es mejor —dijo él ahora.

Amelia asintió distraídamente.

Le desnudó las piernas. Continuó el masaje por los muslos, como siempre mal depilados. Sus manos aterrizaron en la cara oculta de la rodilla. Y ahí el masaje ya devino caricia. Continuó con los tobillos y terminó en la planta de los pies. Esa geografía que tanto le obsesionaba.

—Mmmm —gimió Amelia ante esa caricia—. Continúa, vas bien.

Alberto besó su pie como la otra noche. Y esta vez no hubo exabrupto. A ella le molaba. Lamió la planta, lamió los dedos, chatos y pequeños, excitado como un monje impío que acaba de colgar los hábitos.

Después, en dos intentos, desabrochó el sujetador. Era viejo y sin tirantes. Los senos desnudos se desfloraron contra el colchón. Le separó las piernas. Posó sus dedos en las bragas de borde descosido y las bajó poco a poco. Escuchando el delicado sonido que producía el roce de la tela sobre la piel. La línea que separaba las nalgas asomó como un horizonte vertical. Y Alberto la recorrió con la lengua.

Las bragas se deslizaron a lo largo de los muslos. En su paseo tropezaron con la rodilla derecha y el pie izquierdo. Pero ella ya estaba desnuda. De espaldas. Ocultando el más enloquecedor y cambiante de los paisajes. Alberto se desnudó también a toda prisa, desaforado como un sátiro.

—Date la vuelta —dijo.

Ella se volvió. Y su desnudez tan humana, tan alejada de lo divino, le golpeó como todas las llamas que alimentan la calefacción centralizada del Infierno. Ahí estaban los pechos entregados, las caderas, la oscuridad del monte de Venus velada por las rodillas cruzadas. Morenas.

Él se acercó poco a poco. La chica le acarició con el pie la mejilla y luego apoyó la pierna en su hombro. Alberto avanzaba por el camino que marcaban los muslos de Amelia. Le hipnotizaba la oscuridad informe, indeterminada de su sexo.

Ella le agarró el pene con firmeza. Eso le hizo caer de rodillas sobre la cama. Un dedo jugueteó con su glande, ungido de líquido preseminal. De repente:

—Vete —dijo ella.

—¿Cómo? —dijo él.

- Que te pires.
- No lo entiendo... yo... la balanza de pagos...
- Déjame dormir. Tengo sueño.
- ¿Pero entonces a qué ha venido todo esto?
- Ni idea. Ala, a la cama. Vístete.

Alberto se hizo sangre al morderse el labio de ira. Cogió su pijama y se fue dando puñetazos a las paredes.

Poco después, era Miguel Ángel quien cruzaba el pasillo en dirección al cuarto de Amelia. Se escucharon allí los golpetazos del somier contra la pared. Los gemidos. Diez minutos de ruidos secretos y el silencio regresó. Como siempre, dos largos suspiros pusieron el punto final.

Alberto lloraba.

¡Trabajo!

El móvil de Alberto sonó en la cocina. Fue a por él. Era Miquel.

—¡Miquel! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal por Valencia?

—Buenas noticias. ¿Madrid bien? ¡Estás zumbado! El otro día Amparo y Rosa Mari me dijeron que aún no han metido a otra persona en el piso porque te están esperando. ¿Sabes lo que es eso? No tienen un duro. ¡No te las mereces!

—Pues en principio no voy a volver a Valencia.

—¡No será por la tía aquella!

—Amelia. Sí.

—¿Pero vas en serio con ella?

—Bah, no seas cursi.

—¿Cur... cursi?

—Sí, hay cosas que no se pueden acotar, Miquel. Los sentimientos no son compartimentos estancos, sino que fluyen de un estado a otro. El amor, el odio, la amistad, el deseo. Todos son una misma corriente con distintos rostros.

—¿Pero qué dices? ¿Te has metido en una secta? A ti no te ha sentado muy bien eso de irte a Madrid. Mira, yo sólo te llamo porque tengo noticias.

—¿Qué noticias?

—Trabajo. Nos contratan, tío.

—

—¿No dices nada, Alberto? 910 euros limpios al mes. Medio año de contrato.

—¿Dónde?

—En Artax. Y no trabajaríamos los fines de semana. Y el horario está bien. Salimos a las siete ¡Es cojonudo! ¿No?

—

—¿Alberto?

—Ya si eso te llamo y te confirmo si acepto.

—¡Pero qué dices! ¿Has encontrado un curro en Madrid?

—No.

—¿Entonces?

Pero la cordura le regresó a Alberto por un segundo:

—¡Joder! ¡Miquel! Que era coña —mintió—. ¿Cuándo empezamos?

Miquel respiró aliviado desde algún lugar de Valencia:

—El lunes.

—Cojonudo —dijo Alberto—. Dales las gracias a Rosa Mari y Amparo por guardarme el sitio en el piso. Te llamo luego.

—Bien. Muy bien.

Colgó. Desde la puerta de la cocina le observaba Amelia con sus pantalones de chándal y una camiseta amarilla de Bob Marley muy dada de sí.

—¿Te vas? —preguntó ella.

—Sí. Un amigo me ha conseguido un curro en Valencia.

Amelia le miró con un terrible desdén:

—Qué hijo de puta eres.

Luego dio media vuelta y se fue.

Alberto miró a su alrededor por si en la cocina pudiera haber algún otro candidato a comerse tal insulto.

No.

Media hora más tarde, llenando la mochila, Alberto sintió su espíritu presa que una euforia inmensa y liberadora. “Ahora lo veo”, se dijo. “He escapado de mi jaula. ¡Soy libre!”.

—Nunca más te burlarás de mí —murmuró como si ella pudiera escucharle—. No te necesito. Antes de conocerte no te necesitaba. ¿Por qué ibas a hacerme falta ahora?

Y se dio cuenta de que la odiaba con toda su automutilada alma. Porque no le había dado nada, cuando él se lo había ofrecido todo. Y ella lo había despreciado.

—¿Te vas? —le preguntó Miguel Ángel entrando en su habitación—. Últimamente esto parece Gran Hermano.

—O la Isla de los Fracados —respondió Alberto—. Sí. Me voy. Me ha salido curro en Valencia.

—¿Sabes? —dijo el adivino bajando la voz— Es lo mejor que podías hacer. Romper la cadena. Ella se burlaba de ti.

—Ya lo sé —dijo Alberto cerrando la bolsa de un enérgico cremallero.

La encontró en el salón, cosiendo un calcetín agujereado. Ni le miró. Él, sin embargo, dijo:

—No puedo irme sin darte las gracias por haberme metido en tu casa casi sin conocerme. Lo cortés no quita lo valiente.

Pero ella no dejó de remendar y remendar.

—Adiós —dijo Alberto tratando de ocultar la inseguridad en su voz.

Y como no hubo respuesta, se marchó cerrando la puerta con discreción.

El sol caía radiante sobre las calles de Madrid. En la estación de autobuses compró billete para la siguiente salida a Valencia. La mañana era espléndida y primaveral. Faltaba una hora para la partida. Ya casi no le quedaba un euro en los bolsillos. Iba a pasarlo mal si no pedía ayuda a sus padres.

Pero qué más daba, libre como se sentía de las esclavitudes del amor. Había ido a enamorarse por capricho. ¿Y qué había logrado? Perder el tiempo. O aprender, que en cierto modo era lo poco de bueno que había sacado. Pensó Alberto mientras se sentaba en su sitio y recostaba la cabeza contra el cristal que el amor era bello y sublime, pero las personas no. Que es una tela delicada que cuatro manos torpes van tejiendo hasta que al final ésta no aguanta más y la rompen. “Ojalá el amor existiera sólo en el aire, lejos de las personas. Entonces sí que sería algo auténtico y con un sentido”, concluyó.

Alguien se sentó delante de él. Le sonaba aquella cara. Reconoció enseguida a la muchacha morena con la que coincidió en la ida. La casualidad les había vuelto a juntar. Pero esta vez no había belga ni armónica, sino una señora de crispada dentadura que a todas luces mantenía una relación parafilica con su teléfono móvil. Desde el andén, un tipo alto y moreno —el mismo de la otra vez— lanzaba besos a la muchacha de largos cabellos oscuros.

Tres minutos y el autobús se marcharía. Y punto final a este absurdo negocio en que se había metido. A esa casa odiosa donde nada era tenía un mínimo de lógica. Hacía mucho tiempo que Alberto no sentía una paz tan ancha y placentera. Todo parecía haber regresado a su sitio —en la medida en que las cosas tengan *un sitio* en este mundo. “Ahora que no deseo nada, nada me inquieta”, pensó mientras echaba para atrás el asiento 16 y se preparaba para deslizarse en el sueño de los justos.

Dos minutos para la partida.

En el andén el tipo alto y moreno lanzaba continuos *te quiero* silenciosos a su novia. Apareció una chica junto a él. El corazón casi se le salió por la oreja derecha a Alberto cuando reconoció a Amelia.

—¡Amelia! —gritó pegando la cara y las manos al cristal.

Ella le buscaba haciendo visera con la mano. Estaba hermosa, hermosa, hermosa. Se había puesto una falda de pana por la rodilla. Y una camiseta de mangas muy cortas. Llevaba unas *convers* y calcetines de colores.

Las dos miradas se encontraron. A ella se le iluminó el rostro. Alberto salió corriendo.

En un segundo había mandado todo aquel razonamiento sobre el amor a tomar por el culo.

—¿Có... cómo es que has venido? —preguntó a la chica con una cara de ilusión que podía ser cualquier cosa menos cuerda.

Un abrazo fue la respuesta de Amelia.

—¿Quieres que me quede contigo? —dijo él.

—Sí —dijo ella.

Ella estaba guapísima, así que no supo decir no. Y eso la hizo reír.

—Ven conmigo —dijo tomándole de la mano.

—¿Dónde vamos? —preguntó él.

—Ven.

Ella iba delante. Él le examinaba enloquecido el trasero. Los dos tramos de pierna que se movían entre la falda de pana y los calcetines de colores. El chico ardió, ardió, ardió.

Le condujo a los baños.

—Espera aquí —dijo ella.

Se coló en los servicios de mujeres. A los tres segundos volvió a aparecer.

—¡Rápido! ¡Ven! —exclamó mientras le tiraba de la camiseta y le metía dentro.

Le empujó hasta uno de los excusados y se encerró con él pasando el pestillo. Luego le besó y le acarició donde a los chicos más les mola.

—Ni un ruido —dijo ella entre beso y beso—. Ni uno, ¿eh?

—Ni uno, ni uno —dijo él mientras ella le sacaba el pene y lo toqueteaba.

Amelia le dio la espalda. Se subió la falda. Se quitó las bragas y las guardó en su bolso, donde, por cierto, se leía *happy cow*. Luego apoyó los codos en la pared.

—Vamos —dijo.

Alberto sujetó sus caderas morenas con manos temblorosas. Su pene, como si fuera un delantero brasileño, buscó el hueco.

—Más abajo —le guiaba ella—. Más abajo.

La chica se inclinó más porque el glande de Alberto chocaba húmedo contra las nalgas y los muslos sin encontrar la vagina.

—Más abajo, no te vayas a confundir de sitio —dijo ella.

—Puedo equivocarme... si quieres —dijo él.

—Ya probaremos —dijo ella—. Pero tranquilamente en casa. Aquí paso.

Alguien entró entonces en los baños. Unos tacones sonaron camino del otro retrete.

Amelia agarró el pene del chico y se lo metió. Hizo un par de movimientos de ajuste.

—Empieza —dijo.

Y él balanceó. Los dos lo hicieron. Sólo se escuchaba el roce de las ropas y el entrecocar carnoso de las nalgas contra la pelvis. Ese contacto producía un ruido parecido al de los chapoteos sobre el agua.

Tardaron un par de minutos en coordinar los avances con las retiradas. Ella alzaba la barbilla y separaba los labios comiéndose las ganas de gemir. Al otro lado, se escuchaba a la desconocida de los tacones orinando.

Alberto se movía con torpeza en aquel inusitado escenario. Daba golpetazos cortos y muy seguidos.

—No te corras, ¿eh? —dijo Amelia—. Sácala. Siéntate en la taza.

Alberto se puso ahí, aunque le repugnó el frío contacto de la manoseada, sucia tapa del váter en su culo sudado.

La chica se le sentó encima y le explicó entre tiernos besos:

—Es que así mola, pero no me puedo correr.

De nuevo cogió la barra de carne de Alberto. Le pasó una pierna por cada lado y se la metió. Le cabalgó con ferocidad contenida. Le estiraba del pelo. Cerraba los ojos. Siempre en silencio.

—¡Para! ¡Para! —susurró él.

—¿Qué? —protestó ella.

—Un minuto. Quédate quieta un minuto. Uf. Es que casi me corro.

—Vale, vale. Tranquilo —le acarició la cara con las dos manos—. Relájate, ligre.

—¿Ligre? ¿Qué es un ligre?

—Es un animal mitad león, mitad tigre.

—Ah.

Retomaron la faena. Ya pasaban de controlar si entraba gente en el baño o no. Él comenzó a estimularle el clítoris. Ella se tapaba la boca con la mano. Él la miraba fascinado. Había algo mágico y animal en el modo en que ella se desentendía de él y se abandonaba a sus sentidos con ojos cerrados. Le quemaba la dicha viendo aquellos dos muslos rodeando su cintura, tensándose y destensándose los músculos bajo la piel venerada al compás de las arremetidas. En esos instantes él era sólo un pene, pero también era la cosa más importante y necesaria del mundo para Amelia, su amada. La cara hirviendo de la muchacha anunciaba tempestad. Y así fue. Dio tres pequeños cabezazos, a cada cual más pausado con la boca muy abierta y los ojos en blanco. El cabello le caía por la cara de sacerdotisa en trance. Una palmada contra la pared marcó el final.

Se dejó caer desfallecida sobre su amante soltando un tembloroso, largo suspiro.

Se quitó.

—Oye —dijo la chica todavía conmocionada, poniéndose las bragas—. No puedes correrte dentro.

—Ya.

—¿Te hago una paja?

—Sí.

—¿Quieres?

—Sí.

Amelia le masturbó con gracia y sin apartar los ojos del pene, como si este la hipnotizara o jamás hubiera visto uno antes.

—¡Cuidado! —dijo él— ¡Va a salir!

Ella le miró pícaro y dijo:

—Voy a alimentarme de tus vitaminas.

Se arrodilló y, sin dejar de pajarle, se metió el glande en la boca. En ella recibió la marea blanca. Luego se lo tragó con una sonrisa traviesa.

Alberto sintió algo muy extraño: gratitud. Se dejó caer derrengado contra la cisterna. Hasta que de pronto cayó en la cuenta:

—¡Mi mochila! ¡Me la he dejado en el autobús! ¡Es todo lo que tengo!

Salió a escape del excusado. No atendió a los gritos de las usuarias que, escandalizadas ante la irrupción de un individuo corriendo con los pantalones bajados y con el pene de parte a parte, le cubrieron de improperios.

Demasiado tarde. Hacía quince minutos que su mochila iba camino de Valencia.

¿Soy hermosa?

—¿Soy hermosa? —había preguntado Amelia en cuanto volvieron al piso.

Se miraba en el espejo del recibidor. De un perfil, del otro. Se miraba a sí misma como si se quisiera seducir.

—¿Soy hermosa, Alberto?

—Tanto que me estoy enamorando de tu reflejo.

Y como para demostrarlo, besó el cristal allí donde quedaba formado el rostro de ella.

—¿Tú me amas, Alberto?

—Sí —respondió mientras seguía cubriendo de besos el espejo.

—¿Y por qué? ¿Qué es para ti amar?

—Amar es necesitarte. Es sentir algo que nadie más puede. Es estar en la cumbre del universo observando a los demás como si fueran parias.

—¿Y yo te hago sentir eso, Alberto?

—Eso y más.

Para probarlo se sentó a los pies de ella y le rodeó con los brazos las piernas desnudas, morenas.

—¿Así que soy hermosa?

—La más hermosa.

En unos minutos estaban haciendo el amor de nuevo, esta vez con condón.

Cuando terminaron, desnudos, sudados, desfallecidos sobre el colchón, Alberto le preguntó:

—¿Quieres salir conmigo?

—¿Salir contigo?

—Ya sabes: ir al cine, ir de compras, discutir. Ser tu novio.

—Oh, Alberto. ¿Tan importante soy para ti?

—He renunciado a un trabajo por ti.

Un leve temblor recorrió el cuerpo de la chica. Una sonrisa de vanidad satisfecha se abrió paso.

—¿Quieres ser mi novia o no?

Como la joven no respondía, añadió:

—Sé cómo eres. Sé que tienes un corazón inmenso. Necesitas calor, como cualquier ser humano. Y yo te lo daré. Te calentaré con mi alma para que la tuya no pase frío, Amelia.

—¿En serio crees que soy buena?

—Sé con certeza que eres una de las mejores personas que he conocido nunca.

De nuevo el temblor, de nuevo la sonrisa de vanidad satisfecha.

—Dime que soy hermosa.

—¿Cuántas veces quieres que te lo diga?

—Mil.

—Eres hermosa, eres hermosa, eres hermosa...

—Y después mil más.

Al final a Alberto no le quedó claro si eran novios o no. Lo cierto es que comenzaron a salir juntos. Pasaban la tarde tomando café, yendo al cine, fumando porros. Cenaban, comían. Pronto el chico se puso a trabajar haciendo encuestas en la puerta de la estación de Atocha. De la vida de pareja se desprendían gastos que hacían necesario que al menos uno de los dos currara.

Con lo poco que ganaba, pagaba el alquiler, la compra y aún se las apañaba para regalar ropa y algunas chorradas de mercadillo a la que consideraba su chica. Tales detalles hacían sonreír a Amelia. Y el grado de sonrisa de la chica era el de satisfacción de su *novio*.

A veces salían de bares con aquellos amigos intelectuales. Los de los porros y todo eso. Ahora ya no estaba Ana Teresa para hacer la fiesta con ella, así que aquellos bohemios modelo *Give visa a chance* la suplieron con Alberto. Le llamaban el bicornio, el cornucopio, *Osborne's guy*, *Hell Boy* y cosas de esas tan desagradables. Y cada vez que alguien se refería a él en estos términos, las risas de los artistas estallaban a mansalva.

—Si es buen chico —decían—. Y muy gracioso. Me cae muy bien. Pero vaya novia se ha echado. Le van a salir unos cuernos como para ir al *Qué apostamos*.

Algo de verdad había en eso porque Amelia, en cuanto Alberto se daba la vuelta, ya estaba tonteando con alguno que se la quería zumbar.

Pocos había en el grupo que no se hubieran liado con ella en alguna ocasión más o menos distraída. Los dos que quedaban estaban incluso acomplejados por su exclusión del club.

Una noche en un bar de Lavapiés, alguien, no sin cierta malicia, le dijo a Alberto:

—¡Tú si que eres un tío *in*! ¡Tu novia acaba de meterse en el baño a hacerse rayas con el Movidas y a ti no te molesta ni un poquito!

—¡Ja! ¡Pu... pues claro que no! ¡Sólo somos amigos! —respondió él pensando en cuál sería la modalidad de suicidio más indolora a mano en ese momento.

—¡No! ¡Pero yo decía *in* de *inútil*!

Otra noche, en otro bar, Amelia se puso a besarse y abrazarse con el típico guaperas *alternativo*. Uno que había conocido esa misma noche. Quince minutos después, ya estaba saliendo con él a pillar tabaco, según dijeron.

—¿Que... queréis que os acompañe? —preguntó Alberto interceptándoles con desesperación en la puerta. Los ojos desencajados.

—No, tío —dijo el ligue de su *novia* encendiéndose un cigarro—. Es que se me ha acabado el tabaco y... ¿Quieres uno?

—No —respondió Alberto—. No fumo, gracias.

—Venga, chavalote. Hasta luego.

Dicen que la perfección no existe, pero allí plantado en la puerta Alberto parecía un perfecto imbécil. A sus espaldas, los colegas de Amelia se descojonaban de él a pleno pulmón. Hasta el camarero se partía el culo mientras el DJ se revolcaba por el suelo y todo de la risa.

Alberto, para demostrarles que también él era un campeón, ignoró el hecho de que acabaran de pinchar la canción de *El venao* y abordó a una muchacha feúcha de pelo negro que bailaba a su lado. Lo de ligón de discoteca nunca se le dio bien y esta intentona no fue la excepción. A los cuarenta segundos de *conversación* la chavala le dijo:

—Oye, este... Ramón... voy al baño. Ahora vuelvo, ¿vale?

Nunca volvió a verla.

Escenas como esta se repetían con una frecuencia mayor a la que recomiendan los manuales de psiquiatría. Alberto iba de la alegría más histérica a la melancolía más profunda.

—Así no se puede vivir —le lloraba a Miguel Ángel—. A veces quiero que me arranquen este amor. Otras me siento el ser más afortunado del mundo por *estar* con ella.

—Venga ya —respondía el adivino jugando con sus rastas—. El ser más afortunado del mundo... no digas payasadas. Lo que no entiendo es qué coño hacéis juntos.

—Pues... no... no lo sé. Ella me necesita, creo. Y yo a ella.

No había noche en que Amelia y Alberto no terminaran haciéndolo en el colchón. Y entonces ella era sólo para él. Los dos cuerpos terminaban enlazados, derrotados por la batalla. Después del orgasmo, el mundo era más hermoso y todo estaba en su sitio. Las bombillas del patio de luces eran la luna que alumbraba los rostros sudorosos, adormecidos de los dos jóvenes. Y Amelia le abrazaba. Y él le devolvía el abrazo ansiando convertirse en parte de ella para no separarse jamás.

Después del orgasmo, los dos eran felices. El frenesí que siempre dominaba a Alberto parecía haber desaparecido para siempre. Pura ilusión.

Y entonces se daban los besos más sinceros, y esos ojos morenos de mujer, siempre dilatados, se abrían de par en par y se dejaban observar de cerca. Y detrás estaba el alma de la chica, desnuda, pequeña a veces, infinita otras.

—Me gustaría acariciarte el alma —susurraba él.

Amelia se reía.



“Para probarlo se sentó a los pies de ella y le rodeó con los brazos las piernas desnudas, morenas”

Piscis

—No lo sé, Alberto. ¿Cómo quieres que lo sepa? ¿Soy hermosa?

—Sí, sí, sí. Pero necesito saber si me quieres, por favor. Dímelo: ¿Me quieres?

Las lágrimas de Alberto caían gruesas mientras, arrodillado, se abrazaba a la cintura de Amelia. Estaban en la escalera de su edificio. Volvían borrachos después de una noche de pendoneo.

—¿Qué es querer? —preguntó ella.

—Perdóname por quererte.

—El perdón no existe.

—No puedes ser así, Amelia. Si no fuera porque sé que eres buena, a veces pensaría que disfrutas torturándome.

—¿Cómo puedes pensar algo así de mí?

—Lo siento, lo siento —dijo él.

—El perdón no existe.

Entraron en el piso. Era muy tarde, de madrugada. Martes. Miguel Ángel todavía no había regresado.

—Yo no puedo vivir así, Amelia. Sin suelo bajo mis pies, siempre al límite. ¡Me levanto en tres horas para trabajar!

—¡Hola! —se enfadó ella— ¡Si quieres nos quedamos viendo la tele como dos viejos aburridos! ¡Ya te dije que no estoy hecha para lo de las parejitas! ¡Yo quiero vivir, y no enterrarme viva que es lo que tú pretendes!

Había un periódico sobre la mesa. Lo cogió para agredir con él a Alberto. Pero algo que vio en sus páginas la dejó petrificada:

—¡Los *Boring priest!* —exclamó.

—¡Te quiero!

—¡Que vienen los *Boring priest!*

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Un grupo yanqui. Pero son anticapitalistas. ¡El bajista es Dios!

—Ah.

—Vamos, Alberto. Déjate de tonterías. Ven que te voy a poner un disco suyo. Al minuto ya estaban escuchando a los como se llamasen.

—Tampoco son para tanto —dijo él—. Casi prefiero a Ana Teresa.

—¡Lo que pasa es que no sabes abrir la mente a lo ajeno! —dijo ella—. Mira, mira el bajista.

Le mostró el librito del disco. En una foto aparecía un individuo con el torso desnudo y tapizado de tatuajes superburos.

—¿A que está buenísimo? —dijo ella.

—¡Y yo qué sé!

—¡Actúan en Barcelona! ¿Iremos a verles?

—¡Pero Amelia! ¡No tenemos un duro!

Ella le besó con ternura y se le echó en brazos.

—El concierto es mañana por la noche —dijo con acento de gata—. Tenemos que ir. Necesito escuchar a ese bajista en directo.

—¡Mañana por la noche! ¡Pero mañana yo trabajo!

—¿Trabajar? ¿Y para qué quieres trabajar? Yo no trabajo y me va bien.

—Claro, porque lo pago yo todo.

—¡Eres un hijo de puta!

—¿Por qué me enamoré de una piscis?

—Voy ir a ese concierto contigo o sin ti —dijo ella—. ¡Eres un efímero!

Y se marchó a su habitación. Él no tardó ni diez segundos en seguirla. La encontró tirada en la cama. Se sentó a su lado. Los ojos se le iban al tangible culo de la chica que quedaba muy a la vista. La falda de pana se le había subido. De ella emergían los redondeados muslos morenos.

—De acuerdo —dijo él—. Iré contigo al concierto. Le diré al jefe que he pillado la gripe.

Los ojos turbios de Amelia brillaron camuflados entre mechones de pelo. Se la veía feliz.

—Estoy enamorado de ti —prosiguió Alberto—. Y quiero que compartas conmigo las cosas que te gustan. Y si te gustan los *Burning priest* o como se llamen, iremos a verles. Aunque no tengamos dinero.

Besó la nuca que asomaba entre los cabellos castaños. Amelia se dio la vuelta y dejó caer los brazos hacia atrás en señal de entrega. El pelo desordenado le ocultaba los rasgos. Alberto se bajó los pantalones. Ella juntó y alzó las piernas para que le fuera más fácil al chico quitarle las bragas. Él ejecutó tal operación con presteza. Ella separó después los muslos y se dejó penetrar, previa instalación del preservativo.

Amelia se corrió un par de veces. Luego se corrió él.

Para entonces ya hacía rato que Miguel Ángel había llegado al piso sin que los amantes odiantes se dieran cuenta. Les estuvo espiando desde la puerta del dormitorio, abierta de par en par.

Piscis crea al minotauro

Se agenciaron dos plazas en el bus Madrid-Barcelona. La cuenta corriente de Alberto estaba ya casi seca del todo. Y eso que aún quedaban días para el fin de aquel mes de mayo.

Los *Boring priest* tocaban en una sala minúscula del Barrio Gótico. Amelia y Alberto encontraron una pensión bastante barata por la zona. La típica donde los yonquis van a picarse. Al pagar la reserva, el joven tuvo miedo ante el menguante peso de su bolsillo. Pero ella reía y reía y le besaba. Y eso le hacía feliz.

Cenaron un kebab por ahí. Luego se dieron una vuelta por la catedral y alrededores. Amelia encontró en el suelo un descolorido y pisoteado sombrero de copa. Le dio por pedirle a Alberto que se lo pusiera. Y así iba él por la calle, con su largo abrigo a cuadros blancos y negros y el estrafalario sombrero.

—¡Oh! —dijo ella muerta de la risa— ¡Ahora sí que eres mi hombre! ¡Pero qué bohemio estás así!

—Los bolsillos vacíos es la parte más conseguida del disfraz —respondió él disgustado.

Llegaron a la sala. En la puerta había dos o tres periodistas de medio pelo que entraban de gorra, los veinte amigos de los teloneros y diez esnobs que habían invertido su noche de miércoles nada menos que en ver a los *Boring priest* en concierto. Sin acertar a saber por qué, Alberto sintió que todos le miraban como si fuera el bufón de la bella a la que acompañaba. Compraron las entradas, que les salieron por diez euros.

Amelia se quedó la suya y se puso a hablar con los otros *fans* del grupo, que enseguida resultaron no serlo tanto. Ella les explicó que un *amigo* la había acompañado desde Madrid porque le hacía mucha ilusión ver a los *Boring priest*. Al escuchar su historia todos le respondían:

—¡Caray! ¡Qué caña de tía! ¡Eres superapasionada! ¡Te invito a una cerveza!

Ella respondía pícaro que ya veremos.

Alberto se sentía extraviado entre aquellos tipos raros que, a su vez, le veían a él como el más raro de todos con su sombrero y su pinta de perro abandonado.

En eso que del local salió un sujeto grandote con camiseta de tirantes y los brazos tatuados con calaveras vomitando mujeres desnudas y cosas de esas.

—¡Es John Damon, *the Demon*! —exclamó Amelia con tanta ilusión que todos se la quedaron mirando.

Se acercó corriendo al bajista y comenzó a hablarle medio histérica. Pues mira tú por dónde, resulta que el tío hablaba español, sólo que con un viril acento tejano. Hicieron buenas migas al instante.

A Alberto se le encendieron todas las luces de alarma. Trató de meterse en la conversación, pero tanto el músico como Amelia le ignoraron. Le quedó claro cuando el yanqui le apartó cariñosamente con dos golpes de hombro y le puso la espalda tatuada en la cara.

Entristecido, se metió en el local y se pidió el típico *gintonic* de desesperado.

A los diez minutos se le acercó Amelia. Llevaba en la mirada una ternura que daba pánico.

—¡Ah! —dijo él— Te has acordado de que existo.

—Alberto —dijo ella abrazándole—. A ti no te gusta el grupo, ¿verdad?

—El disco que me pusiste me hizo pensar en hombres devorados por hormigas. Una puta mierda, vamos. No sé qué coño hacemos aquí.

—Entonces... ¿seguro que quieres quedarte? Puedes irte si quieres. Me siento un poco culpable por haberte hecho venir y gastarte el dinero.

—¿Qué dices? —dijo él— ¡Me encantan los *Shiting priest!* ¿Cómo voy a irme?

—No, Alberto. Te veo cansado. Por favor, no me tortures. No me hagas sentir culpable. Vete.

—Pero si ya he comprado la entrada. ¿Qué pretendes que haga con ella? ¿Comérmela?

—Véndela a quien se quede sin entrada.

—¡Pero si la sala está vacía! ¡No hay nadie! ¡Y tampoco me extraña!

—No me hagas sentir culpable. Tú no querías venir. Vete a la pensión. Te prometo que luego te comeré a besos. Te voy a devorar. No dejaré ni un trocito tuyo.

—Amelia. ¿De qué vas?

—Venga, vete.

Al final el chico agachó la cabeza.

—Ten la puta entrada —dijo dándosela, sin mirarla a los ojos.

—Adiós —dijo ella dándole un beso. Pero él la evitó.

Alberto se perdió. Estuvo una hora y media deambulando por las callejas del Barrio Gótico. Tropezándose con gente feliz. Con gente que disfrutaba de la vida. Que salía borracha de los bares y que se reía. Qué diferentes de él.

Al final se las apañó para encontrar la pensión.

Pero la puerta del patio estaba cerrada y nadie respondía al timbre. Entonces se acordó: Amelia tenía esa llave.

Desesperado, se dejó caer en el suelo. Pasó una hora y ella no aparecía. La llamó al móvil porque el concierto tenía que haber terminado por cojones.

—¡Alberto! —respondió.

—¡Amelia! ¡Te estoy esperando! Estoy en la calle. Hasta que no llegues no puedo entrar. ¡Te has quedado tú la llave! Y aquí al lado hay unos tíos que no me mola nada cómo me miran.

—¡Estoy supercontenta! ¿Sabes que he entrado al camerino? Ahora estoy con *the Demon*.

—¡Pero que me estoy congelando en la calle!

—¿Cómo puedes ser así? ¿Cómo puedes hacerte la víctima cuando yo soy tan feliz?

—Por favor, Amelia. Te necesito aquí.

—Oye, adiós.

Colgó.

Enloquecido, volvió a llamarla. Nada que hacer: Amelia había apagado el móvil. Sonaron las dos de la madrugada en el campanario de la catedral.

Para cuando dieron las tres, el chico, aterido en el portal, era plenamente consciente de que en ese preciso instante ella estaba follando con *the Demon* quién sabe dónde o en qué postura.

Se puso a llorar. Pasaron unos adolescentes que le confundieron con un yonqui. Se burlaron de él, le tiraron cerveza y echaron a correr.

Pero Alberto ni siquiera reaccionó. Ya todo le daba igual. Se limitaba a permanecer recogido sobre sí mismo, como un insecto de bola.

Se le acercó entonces un mendigo que le ofreció un trago de Don Simón:

—Bebe, bebe, camarada. ¡Todas unas putas! —dijo el sujeto.

Alberto declinó el ofrecimiento. El vagabundo se fue sin más. Se perdió tras una esquina, pero aún se escucharon sus gritos de borracho:

—¡Perras! ¡Perras malas! ¡Donata puta es! ¡Putas es Donata! ¡Es puta Donata!
¡Es Donata puta! ¡Donataaaaaa eees putaaaaaaa!

Y el soliloquio derivó en quejido y se extinguió en un lloriqueo lejano.

Las campanadas de las seis despertaron a Alberto. El frío le había petrificado. “Amelia sabe que estoy aquí en la calle y no ha venido. ¿Cómo es posible?”.

Y de repente se sintió idiota porque todavía llevaba puesto el sombrero de copa. Se lo quitó. Se incorporó medio roto por la intemperie. Lo tiró al suelo y lo aplastó. Se llevó la mano al bolsillo. Ahí estaban los dos billetes de regreso a Madrid.

Se sintió poderoso. Se sintió enfurecido.

—¿Cuánto dinero llevas encima, Amelia? —dijo— Ni un céntimo, ¿verdad? ¿Cómo volverías a tu casa sin este billete que tengo yo?

Rompió los tickets en mil pedazos. Luego los dejó caer con placer dentro del sombrero. Ese era el único rastro de él que Amelia iba a encontrar a su regreso a la pensión.

Alberto fue a la estación de autobuses. El de Valencia salía en diez minutos. Con sus últimos euros compró un billete y subió al coche.

Una llamada al móvil le despertó a eso de las nueve. El bus debía ir ya casi por Benicarló. Claro, era Amelia. Ahora fue él quien desconectó el teléfono. Pero no pudo evitar imaginar la conversación:

—Alberto, ¿dónde estás? Vuelve. No me hagas sentir culpable. No tengo dinero. ¿Cómo voy a volver a Madrid? ¿Cómo voy a pagar el piso? ¿Cómo voy a vivir? Tendré que trabajar ¡Cómo puedes ser tan inhumano!

—No lo sé, querida. Que te lleve *the Demon* a casa y haga él encuestas en Atocha.

Y así, con una sonrisa de liberación, se durmió de nuevo mientras el bus se asomaba al diamantino resplandor del Mediterráneo.

Sirenas en Ítaca

Habían pasado dos meses. Alberto fue admitido en Artax, por amorosa mediación de Miquel. Aquella noche los dos estaban con Rosa Mari y Amparo en el pisito de la avenida del Puerto. Reían a golpe de porro y tomaban café. Las cosas habían cambiado. La vida había vuelto a ser tranquila e, incluso, un poco menos provisional.

Les sorprendió que alguien llamara al timbre a esas horas .

—¿Quién será? —preguntó Alberto levantándose. Pilló el telefonillo— ¿Quién es?

—¿Alberto? Soy Amelia.

El mundo se le cayó a los pies. No había vuelto a saber de ella desde aquella noche de pesadilla en Barcelona. Palideció.

—Espera —dijo—. Ahora voy.

Sus compañeras de piso le preguntaron quién llamaba, pero él bajó corriendo las escaleras sin responder. Un vértigo demasiado físico y demasiado espiritual le hacía perder la noción de las cosas. Como siempre en esta vida, justo ahora que todo estaba en su teórico sitio, reaparecía el torbellino.

Salió a la calle.

Amelia estaba en el portal. Llevaba una pequeña bolsa de deporte con algunas cosas. La misma que Alberto dejó en el piso del rastro de Madrid.

—Hola —dijo ella en voz muy baja—. Me dejaste tirada. Lo pasé fatal.

Él sólo se encogió de hombros. Ella prosiguió:

—Te he traído tus cosas.

—Gracias. No tenías por qué.

Amelia lanzó un suspiro.

Estaba bonita. Y vulnerable también. Sus piernas, su cuerpo entero, pedían tantos besos como siempre. La brisa del cercano puerto hacía bailar su falda.

—Ya no tomo coca —dijo—. Paso.

—Ey. Eso está bien. Me alegro por ti.

Lanzó otro suspiro la muchacha. Había algo que quería decirle, pero no se atrevía. O sí:

—Alberto, he venido aquí para recuperarte.

—

—Te necesito. Como solías decirme tú, necesito tu alma y necesito tu cuerpo.

—El mío y el de cuántos más.

—Te necesito.

—Tú no me necesitas. Si me necesitaras, si me hubieras querido, no me hubieras tratado así. Pero te lo garantizo: ni por ti ni por ninguna haré el tonto nunca más.

—Yo... te quería —dijo ella.

—¿Qué?

Ella bajó los ojos conteniendo un temblor. Lloraba.

—Repítelo. No te he escuchado —dijo él con los ojos relampagueantes de ira.

—He dicho que te quería.

El joven dio un puñetazo en la pared.

—¿Y tú a eso lo llamas querer? —exclamó con la cara roja de furia— ¿Y por qué nunca me lo dijiste?

—No quería que supieras cuánto te necesitaba. Me... me daba miedo. Tú decías que yo era buena, que yo era bella. Me deseabas. Me tratabas como a una reina. Me dabas todo lo que pedía. Me hacías sentir importante...

—¿Y qué hay de lo que pedía yo? ¿Qué me dabas tú a mí? Sólo quería amor.

—Te lo di —dijo ella—. A mi manera. No creo que puedas comprender jamás todo lo que te di.

—¿Qué... qué dices? —dijo él— ¡No me diste una mierda! ¡Yo te quería! ¡Quería hacerte feliz!

Ahora él también lloraba. Los dos lloraban.

Amelia irradiaba una belleza sobrehumana de Venus vencida. Ambos se sentían perdedores en aquella historia.

—Vuelve conmigo —dijo ella entre lágrimas—. Vuelve conmigo.

Y se iba acercando poco a poco al chico.

—Vuelve conmigo —los labios casi rozaban los de él, que se entreabrían anhelantes— Te quiero, te deseo. Dormiremos juntos todas las noches. No habrá más juegos. Sólo tú. Siempre tú. Miguel Ángel quiere que vuelvas. Mi cama te está esperando.

—Me hiciste mucho daño.

Ella cayó genuflexionada. Sus delicadas, redondeadas rodillas desnudas se hirieron contra la acera. Se agarró, como tantas veces había hecho él, a las piernas del ser al que deseaba.

—Perdóname. Perdóname todo el daño que te he hecho, Alberto. ¡Perdóname!

Él la cogió de la mano. La hizo incorporarse. Se miraron con una clarividencia espantosa:

—Amelia —dijo con lentitud—, el perdón no existe.

Y la muchacha cayó de nuevo de rodillas hecha un llanto. Las lágrimas más amargas le deshacían o rehacían la belleza. Alberto cogió su bolsa, cerró la puerta del patio y regresó a casa.

Epílogo

Quiso la casualidad que sucediera cuatro años y dos meses después.

Alberto iba en el autobús de línea. Atravesaba la calle Pradillo de Madrid, a la expectativa de un nuevo trabajo. El mediodía era puro y refulgente. Vio de reojo por la ventanilla a un canario que competía con otros pájaros callejeros de color vulgar por unas migas de pan. Debía haber escapado de alguna aburrida jaula, consumista y segura, pensó. Y ahora disfrutaba de la libertad y pagaba también su precio. Al apartar la mirada, dio con una pareja que paseaba sin ir de la mano.

Ella era morena y esbelta.

Ella era Amelia.

Alberto quedó petrificado cuando sus ojos y los de la chica se encontraron a través del cristal.

Los meses olvidados que compartió con ella años atrás reverdecieron en un solo instante. Salieron de su jaula de olvido, como el amarillo pájaro que luchaba por las migas de la calle. Los recuerdos estallaron en su corazón con el poder de un ejército de elefantes borrachos.

Amelia le reconoció.

Se le quedó mirando.

Las miradas permanecieron unidas un solo segundo. Uno solo. Lo primero que pasó por la cabeza de Alberto era que se la veía feliz con su hombre, una piscis olvidadiza y feliz. “Más que conmigo. Aprendiste la lección”, soñó que le decía.

Después, sin más, las pupilas se separaron y siguieron sus cursos sin mirar atrás. El autobús y la vida continuaron su camino de dudosa lógica porque no había tiempo para detenerse en lo ya vivido.

Esa noche, en el hostel, Alberto estaba viendo la televisión. Echaban un programa de debate. El tema era si los curanderos eran unos santos o unos embusteros. No le costó reconocer un poderoso acento tinerfeño y a un contertulio gigantesco, vestido con túnica y calvo en redondo que traumatizaba a una traumatóloga:

—¡En Estados Unidos hay estudios que demuestran que los científicos sois todos unos sinvergüenzas y unos timadores y que os aprovecháis de la ignorancia de la gente sencilla! ¡Vosotros sois los voceros de la sinrazón! ¡Hay que estar verdaderamente mal para recurrir a un médico en vez de a un sanador con título en pleno siglo XXI!

No era la primera vez que veía al hoy alopécico Miguel Ángel defendiendo sus postulados de mercantilismo *new age* por los ufanos foros televisivos. Sonrió Alberto porque sabía que el curandero había tenido una buena escuela en aquella Ana Teresa. ¿Qué habría sido de la cantautora?

Y Amelia.

Abrió una cerveza más, tirado en el sofá.

Pensó que, en ese preciso instante en que él la estaba recordando con una nostalgia descorazonadora (a pesar de todo), ella ni se acordaría de él. Qué más le daría a esa piscis si se habían cruzado o no en la calle Pradillo aquella misma mañana. Qué le importaría si un día se arrodilló ante él por amor.

O tal vez ella estaba ahora mismo en la cama junto al cuerpo de varón que llenaba su vida. Tal vez al recordar a Alberto, sin saber muy bien por qué, se le habían humedecido los ojos.

Y quizás, entonces, su pareja habría preguntado:

—¿Qué te pasa, Amelia? ¿Por qué lloras?

Y ella habría mentido:

—Julio, lloro porque me encanta quererte.

Y él, confiado y bondadoso, la hubiera creído. La habría besado y se habría dormido con ternura junto a ella, dándole paz y seguridad con su aliento de varón.

Pero ella en realidad estaría llorando por alguien que tal vez merecía unos momentos de recuerdo.

Y al día siguiente la vida hubiera seguido, sin más.

Quién podía saberlo. Quién sabe, pensaba Alberto mientras bebía cerveza y miraba la televisión con la luz apagada.

Valencia, 7 de febrero de 2004